

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Tesoro maya

Es bien sabido que quien tiene un amigo tiene un tesoro. Y claro está, por ese amigo uno haría lo que fuese necesario, incluso correr riesgos y, en fin, complicarse la vida con tal de ayudar o favorecer al amigo. ¿Qué decir, pues, cuando se tiene un hermano? Si por un amigo uno está dispuesto a correr riesgos, ¿no ha de hacerlo para ayudar a un hermano?

Amadeo Salamanca tiene un hermano. Y tiene, también, un antiguo y fabuloso tesoro que le ha sido entregado por un grupo de indios mayas y que está destinado a ser invertido en el engrandecimiento de Maya Caribe y sus ciudadanos. Pero está visto que la dicha nunca puede ser completa: un mal día, el hermano de Amadeo desaparece. Y muy pronto, le llega un mensaje a Amadeo: o entrega el tesoro maya o asesinan a su hermano.



Lou Carrigan

Tesoro maya

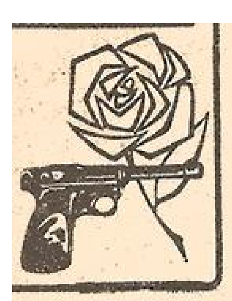
Brigitte en acción - 62

ePub r1.0
Titivillus 02.07.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

Por toda luz, la que proporcionaba una pequeña pantalla de base flexible, que iba directamente al rodillo de la máquina de escribir, en la cual se veía un papel escrito ya hasta la mitad. El tecleo era velocísimo, suave, y apenas se oía en el lujoso despacho privado el zumbido eléctrico del motor de la máquina cuando las teclas quedaban momentáneamente en reposo.

Sobre el teclado, unas manos bellísimas, de un tono que parecía nácar dorado; las uñas no eran muy largas, y estaban pintadas en color rosa-perla, como delicioso remate de unos deditos delicadísimos, de maravilloso dibujo. En todo el despacho, un suave perfume a rosas, sutilísimo. Sobre un sillón, en la sombra, un diminuto perrillo de la raza chihuahua, enroscado, dormitando felizmente.

En el principio de la página escrita estaba el título de aquel borrador que, por fin, se iba a convertir en un grueso tomo, en un tratado que tenía que ser muy interesante, pues quien lo escribía sabía más que nadie de aquel asunto. El título era El decálogo del espía. Y empezaba así:

> En nuestros tiempos, el espionaje es, en realidad, la capacitación del individuo para ejercer una profesión que tiende a convertirse en corriente… Corriente, se entiende, en cuanto a la necesidad cada vez mayor por parte de países, empresas privadas e incluso entes personales, de poseer información respecto a otras personas, a sus proyectos, a sus ideas, a sus tendencias. De este modo. Existe el espionaje político, militar, industrial, artístico…

Teniendo en cuenta el incontenible progreso mundial en todas las ramas antes citadas, se comprende que el espionaje sea utilizado como un arma poderosa, capaz de hacer fracasar o triunfar a quienes, de un modo, u otro, dependen no solo de sus posibilidades o talento, sino del talento de los demás en cualquier actividad. Como consecuencia de esa vigilancia mutua establecida en torno a cualquier creación o ideología de cualquier clase, surge una competencia desleal en todos los órdenes. Así, por ejemplo, la invención de determinada vacuna en un país, puede provocar un estallido de espionaje, más o menos brutal según la aplicación que se suponga puede dársele a dicha vacuna. Por lo general, el espía tiene como misión básica el logro de información para el país que le pague sus servicios, o, también, para su país de origen, habida cuenta de que todavía quedan espías que trabajan por lo que aún se llama idealismo.

De un modo u otro, el espía profesional debería regirse por un decálogo, por diez reglas que limitasen en un momento dado su actuación, que la reglamentasen. Como principio del libro, y para que lo que seguirá sea en todo momento bien comprendido, empezaremos por exponer ese decálogo del espía.

Primero: la muerte no es, necesariamente, un…

La llamada a la puerta del despacho tuvo la consecuencia de que dejó de oírse el tecleo. Por encima de las bellísimas manos se oyó la voz femenina, en tono ligeramente irritado:

—¿Sí, Peggy?

La puerta del despacho se abrió, y la graciosa doncella de la espía internacional número uno quedó en el umbral.

—Tiene visita, señorita.

—Te dije que no estaba para nadie, Peggy. Tengo trabajo.

—Sí… Lo sé… Pero el caballero que quiere verla asegura que el motivo de su visita es de muchísima importancia. Dice, además, que viene de parte de un amigo de usted.

—¿Qué amigo?

—Asegura que solo se lo dirá a usted.

—Mmm… ¿Llega armado?

—El detector no señala la presencia de arma alguna.

—Bien… Está bien, está bien… Que pase. Pero si dentro de cinco minutos no ha salido, ven a avisarme de que me están esperando con toda urgencia en el periódico. ¿Entendido?

—Sí, señorita.

La doncella abandonó el umbral del despacho.

Segundos después reaparecía, acompañada de un hombre, que recibió de lleno la luz de la pantalla cuando una de las hermosas manos la movió hacia allí. Era un hombre de poco más de treinta años, cabellos negros, ojos del mismo color, boca grande y simpática, pero de expresión tristona, y mentón amplio, sólido, firme. Medía casi seis pies, y era delgado, de hombros no muy anchos. Parecía un poco huesudo, y de ninguna manera parecía que el deporte fuese su actividad más intensa. Vestía con una elegancia natural, innata, muy correctamente; uno de esos hombres a los que siempre, vistan lo que vistan, se les considera elegantes.

—¿Señorita Brigitte Montfort? —preguntó, en español.

—Así es —contestó Brigitte en el mismo idioma—. Le agradecería que fuese breve, señor…

—Amadeo Terranova, para servirla. Lamento haberla interrumpido.

—Yo también lo lamentaré si el motivo de su visita no es tan importante como usted asegura… ¿Quiere sentarse, por favor?

El llamado Amadeo Terranova se volvió, un tanto tímidamente, hacia Peggy. Asió el borde de la puerta, sonrió a la doncella, e hizo intención de cerrar. Peggy comprendió, y como Brigitte no dio contraorden, se alejó.

El visitante cerró la puerta, se sentó en un sillón y se quedó mirando hacia detrás de la pantalla, lugar donde se suponía que estaba la reina del espionaje.

—Emmm… Ante todo, debo decirle que no vengo buscando a la

señorita Montfort, sino a la agente *Baby* de la CIA.

—No sé si le comprendo, señor Terranova.

—Estoy seguro de que sí, señorita Montfort. La cosa es muy simple: yo estoy en un grave apuro, y un amigo común me ha asegurado que usted puede resolver ese apuro de un modo… satisfactorio.

—¿Yo?

—Quiero decir la espía llamada *Baby*.

—¿Quién ese amigo común, señor Terranova?

—Se llama Nataniel. Pero cuando usted lo conoció en Capri, su nombre era Nathan[1].

—Temo no saber de qué me habla, señor —mintió la espía.

—Nataniel ya me advirtió que no sería fácil convencerla. Sin embargo, si me lo permite, lo intentaré. Es decir, lo intentará Nataniel, por medio de una carta que me entregó para usted.

—¿Para mí o para esa agente *Baby*?

—Lea la carta —sonrió Amadeo Terranova—. Luego, podremos seguir hablando del asunto. ¿Le parece bien, señorita Montfort?

—No creo perder demasiado tiempo leyendo una carta.

Una de las hermosas manos apareció en la luz, tomó la carta que tendía Terranova y desapareció. Luego, en la oscuridad, se vio el brillo de una lupa de quinientos aumentos, y un delgado rayo de luz violácea, que recorría lentamente la solapa del sobre.

—La carta no ha sido abierta ni falseada —explicó amablemente el visitante—. Le aseguro que es genuina en todos sus aspectos.

Se oyó el rasgar del papel. Luego, una hoja blanca apareció en la luz, encima de la máquina de escribir. Y se oyó la voz de la espía internacional más astuta y peligrosa del mundo:

> «—*Querida* Baby*: Te envío a un amigo auténtico, a un hombre que merece toda cuanta ayuda puedas prestarle. Su nombre es Amadeo Terranova, y te incluyo su fotografía y sus huellas digitales, así como un trozo de carta autógrafa suya, para que puedas hacer las debidas comprobaciones. Ha sido puesto al corriente de nuestra amistad, y de las circunstancias en que esta nació. Podrá contestar todas tus preguntas Si falla una sola, es que algo habrá ocurrido, y el hombre que tendrás ante ti no será Amadeo Terranova, por muchas pruebas que apoyen esa*

personalidad. Queda bien claro, después de dicho esto, que mi confianza en él es total e ilimitada. También puedo asegurarte que Amadeo jamás traicionará a la agente Baby. *Te ruego que, una vez comprobada su personalidad, confíes en él tanto como lo harías en mí mismo, y que le ayudes de ese modo… diabólico que te distingue de cualquier otro espía. Comprendo que quizá vamos a molestarte, pero sabes muy bien que yo haría lo mismo por ti si las cosas estuviesen al revés. Naturalmente, yo también soy un magnífico espía, pero no puedo salir de mi país estos días, puesto que se están llevando a cabo celebraciones políticas y consejos internos de la máxima importancia que requieren toda mi atención. Solo en ti me atrevo a confiar, y te ruego que si no puedes hacer nada por Amadeo me lo comuniques inmediatamente, a fin de que yo pueda arreglar las cosas del mejor modo posible para ayudar a mi gran amigo Amadeo. Siempre tuyo, enamorado.*

Nataniel».

—¿Le parece convincente? —musitó Terranova.

—Desde luego. En cuanto a la fotografía, parece que usted es el hombre, señor Terranova. ¿Tiene la bondad de escribir algo en este papel?

Amadeo Terranova cogió la cuartilla, sacó una pluma y escribió unas palabras, rápidamente. El papel desapareció en la sombra detrás de la pantalla, y de nuevo se oyó la voz de Brigitte Montfort:

«—Solo queda por comprobar mis huellas digitales. Estoy a su disposición, señorita Montfort. Muy agradecido,

Amadeo Terranova».

—Son unas frases infantiles, ¿verdad? —Sonrió el visitante.

—Lo mismo da esto que otra cosa cualquiera. ¿Tiene la amabilidad de poner sus diez dedos en este cristal, apretando muy suavemente las yemas?

Terranova vio aparecer ahora las manos y los brazos, tras haber oído el clásico deslizarse de un cajón. Apretó las yemas de los dedos, y luego se recostó en el asiento. La luz de la pantalla fue hacia el cristal, por encima del cual se cernió la misma lupa. Junto

al cristal, un papel anexo a la carta, y en la cual estaban claramente impresas una decena de huellas dactilares.

—Parece que usted es Amadeo Terranova, señor… Terranova.

—Sin duda de ninguna clase.

—Bien… Le escucharé.

La luz de la pantalla se apagó, y simultáneamente se encendió la del despacho, iluminándolo todo. Amadeo Terranova, que se disponía a encender un cigarrillo, se quedó inmóvil, con la boca abierta, desorbitados los ojos, mirando a la hermosísima mujer de ojos azules y piel dorada que estaba sentada al otro lado de la mesa, ataviada únicamente con un sutilísimo bikini rojo.

—Santo… Dios…

—¿Se sorprende usted, señor Terranova? —Sonrió Brigitte—. ¿No le dijo Nataniel que yo era la mujer más hermosa del mundo?

—Pues… Oh, sí, sí… Me lo dijo, pero… creí que eran… exageraciones…

—¿Y ahora?

—Bueno… Ahora creo que Nataniel no está capacitado para… para describir la belleza, señorita Montfort.

—Muy amable —rio la divina espía—. ¿Quiere usted tomar algo? ¿Champaña, quizá?

—Si es con guinda, sí —sonrió Terranova.

—Oh. Muy bien: primer punto a su favor. ¿Tiene alguna marca preferida de champaña?

—Yo, no. Pero aceptaré su marca preferida: Perignon 55… Muy frío, desde luego.

—Magnífico —aprobó Brigitte—. Ya son dos puntos los que…

Se oyó la llamada a la puerta. Brigitte autorizó la entrada, y Peggy apareció de nuevo.

—Señorita, es hora de…

—Olvídalo, Peggy. Y tráenos champaña.

—Sí, señorita.

Se cerró la puerta. Terranova dejó de mirar hacia allá, y desvió la mirada hacia el diminuto chihuahua, que lo miraba con expectación, tiesas sus orejas.

—Supongo que es *Cicero* —comentó.

—Tercer punto señor Terranova —sonrió la divina—. Pero no se extralimite: un exceso de conocimientos sobre mí podría hacerme

sospechar mucho de usted. ¿Cuál es el caso? Supongo que será de una relativa importancia política… internacional.

—Lo lamento. Solo se trata de una cuestión interna en mi país. Ocurra lo que ocurra, todo seguirá igual en el mundo. Sin embargo, yo preferiría que usted lo resolviese de modo que, aunque solo fuese en beneficio de mi país, continuara habiendo paz.

—Hermosa palabra. Llevo unos cuantos años luchando para que sea una realidad. Espero que no se llame a engaño conmigo, señor Terranova: mi dulce aspecto de niña cándida no significa nada.

—Sé muy bien que si usted lo creyese justo me mataría tranquilamente, sin vacilaciones. Nataniel me explicó algunas cosas de usted… ¿Va a ayudarme?

—¿A usted o a su país?

—A mí. Que es tanto como ayudar a mi país.

—Ya veo… ¿Cuál es ese país, señor Terranova?

—Maya Caribe… ¿Ha oído hablar de él?

—Muy poco. Es un país pobre, cerca de México, con costa en el Caribe. Sin ánimo de ofenderle, opino que es un país… insignificante.

—No para mí, señorita Montfort.

—Naturalmente. ¿Qué ocurre en su país?

—Mmm… Por supuesto, usted habrá oído hablar de los mayas…

—Más que de su país —rio Brigitte—. Es obvio que en Maya Caribe hay unos cuantos miles de indios mayas, todavía un poco… primitivos… ¿No es cierto?

—No tan primitivos, señorita Montfort. Por lo menos, han comprendido la importancia que tiene para el país y para ellos mismos una… elevación del sistema nacional de derechos.

—Ah… ¿Me está diciendo que sus indios han comprendido la importancia que para ellos tendría ser auténticos ciudadanos de Maya Caribe, legalmente reconocidos, con derecho a voto, etcétera, etcétera…?

—Eso exactamente estoy diciendo.

—Magnífico. ¿Están preparados para ser… ciudadanos con plenos derechos?

—Si no lo están, merecen estarlo. De todos modos, temo que los voy a defraudar un poco… Es evidente que pienso firmar el reconocimiento de sus derechos plenos, pero la riqueza que ellos

esperan no creo que pueda ser disfrutada por los mayas.

—¿Qué riqueza?

—La que ellos me entregaron.

—No comprendo, perdone… Sí comprendo que es usted el jefe de Estado de Maya Caribe, y que piensa revalorizar a los indios de su país… Me parece estupendo, señor Terranova. Mmm… ¿He entendido mal, o usted ha dicho que sus mayas le entregaron una riqueza?

—Algo así como unos diez millones de dólares. Brigitte se quedó atónita.

—¿Tenían sus indios diez millones de dólares? ¡Increíble!

—En tesoros.

—¿Eh…?

—Desde hace cientos de años, uno de esos… remotos y discutidos tesoros de los indios mayas ha permanecido oculto en cierto lugar de Maya Caribe: oro, piedras preciosas, perlas…

—Oh, vamos, señor Terranova, por favor…

—Lo he visto.

—¿Usted… lo ha visto?

—Con mis propios ojos —sonrió Terranova—. Puede creerme, señorita Montfort: he visto ese tesoro, lo he tocado con estas manos… Le aseguro que existe, como usted y como yo. Solo hay que ir a por él.

—¿Y quiere usted que yo sea quien vaya a buscarlo?

—No… Yo se lo entregaré. Y usted se encargará de llevarlo a un lugar que todavía no me ha sido indicado.

—Creo que usted está hablando al revés, o sea, empezando por el final. O quizá sea que hoy tengo mi día espeso, señor Terranova, porque no acabo de entenderle.

—La historia es… simple. Dos indios mayas de la máxima significación entre los mayas, vinieron a verme hace un par de semanas. Pidieron audiencia, y se la concedí. Me hablaron del tesoro, me dijeron que querían entregármelo, porque sabían que yo era bueno y sería justo con ellos, con todos, y querían… ayudarme a levantar el país.

—¿Con diez millones de dólares? —Sonrió Brigitte.

—Todo es relativo en este mundo —sonrió también Terranova —. Lo que para unos no tiene importancia, para otros puede ser

vital. En este caso, Maya Caribe notaría de veras un ingreso de diez millones de dólares. Aparte de que, vendido ese tesoro como piezas de arte, es posible que produjera bastante más de diez millones de dólares.

—Entiendo… Y estoy de acuerdo. Siga, por favor. ¿Le entregaron el tesoro?

—Me mostraron dónde está exactamente. Solo hay que ir allá y recogerlo.

—Muy bien. Y… no veo el problema por ninguna parte, de veras.

—Tengo un hermano, señorita Montfort. Se llama Carlos. Él es… un muchacho… atolondrado. Pero, de nuevo, diré que todo es relativo: si parece que Carlos es atolondrado es debido, quizás únicamente, a que yo soy demasiado… sensato…

Peggy entró con la bandeja que contenía un cubo de plata con hielo y una botella de champaña y dos copas, así como un cristalino recipiente con hermosas guindas. Amadeo Terranova permaneció silencioso mientras la doncella servía las copas, y luego se quedó mirando la que tenía ante él. Brigitte bebió un sorbito, fijos atentamente sus ojos en el inesperado visitante.

—Siga. Estábamos en que su hermano es atolondrado…, o que lo parece porque usted es demasiado sensato. ¿Qué más?

—Bien… De un modo u otro, yo… quiero a mi hermano.

—Muy natural.

—En realidad, es hermanastro, hijo de la segunda mujer de mi padre.

—No importa. Sigue siendo natural. Yo no tengo familia directa, señor Terranova, y, sin embargo, quiero a todo el mundo. Un hermano de padre es… mucho hermano. ¿Ocurre algo especial con él?

—Ha desaparecido.

Hubo un rapidísimo parpadeo de sorpresa en los bellísimos ojos azules. Otro sorbito de champaña, frunciendo la dulcísima boca de labios sonrosados.

—Ha desaparecido —musitó Brigitte—. ¿Y tiene eso alguna… repercusión determinada en el asunto del tesoro maya de que me está hablando?

Amadeo Terranova asintió sombríamente.

—Hace tres días recibí un mensaje: a cambio de la vida de mi hermano, se me pedía el tesoro maya.

La espía entornó los ojos, quizá porque no quería que Terranova se percatase del profundo interés con que lo estaba escrutando.

—Asombroso… —musitó—. Raptan a su hermano, y como rescate piden diez millones de dólares en un tesoro maya. Bien… Esto parece una cuestión de… decisión propia, señor Terranova. Usted tiene el tesoro maya, y alguien tiene a su hermano… ¿Sabe dónde está, o quién lo ha secuestrado…?

—No. Recibiré instrucciones dentro de dos o tres días.

—¿Cuántos años tiene su hermano?

—Veinticinco.

—Oh… Bien… No sé qué decirle, señor Terranova… ¿Ha venido, quizás, a pedirme consejo?

—No. Como usted bien ha dicho, para tomar esa decisión no necesito consejos, ni ayuda de ninguna clase. Quiero… quisiera que usted encontrase a mi hermano antes de que yo me vea precisado a entregar el tesoro maya que tanto beneficiaría a todo mi país.

—Quiere usted salvar a su hermano y el tesoro maya… ¿Sí?

—Exactamente. Fui a San Nataniel, a entrevistarme con Nataniel. Yo sé que él sería capaz de encontrar a Carlos. Pero, realmente, está muy ocupado atendiendo importantes sucesos en su país, de modo que, sin vacilar, me dijo que usted me ayudaría. Me… aseguró que usted conseguiría cualquier cosa que se propusiera.

—Y usted quiere que yo me proponga salvar a su hermano de sus raptores antes de tener que —entregar el tesoro maya.

—Sí.

Brigitte quedó pensativa unos segundos, antes de musitar:

—¿Se da usted cuenta, señor Terranova, de lo… improcedente que resulta esta petición suya a una agente de la CIA?

—Nataniel me dijo que le rogase que considerase esto como un… trabajo particular. No veo por qué ha de intervenir la CIA en el asunto. Pero usted sola, sin comunicarlo a nadie, de un modo particular… Se lo suplico: no me niegue su ayuda.

—Comprenda que esto es muy irregular.

—Nataniel me dijo que a usted no le importa la CIA, ni los Estados Unidos de un modo… especial. Lucha a favor de ambos

porque lo merecen, de acuerdo a sus puntos de vista. Pero, por encima de todo, la agente *Baby* lucha siempre a favor de quien tiene la razón… ¿No le parezco merecedor de su ayuda?

—No sé. Resumiendo, señor Terranova: ¿qué es lo que usted me propone exactamente?

—Salvar la vida de mi hermano, ayudar a mi país, y al mismo tiempo ayudar a unos miles de indios que, por medio de dos de sus más respetados jefes, han decidido por fin formar de verdad parte del país. Eso significa que ellos vivirán mucho mejor en todos los sentidos… Si no puedo disponer de ese tesoro maya, señorita Montfort, las cosas seguirán como hasta ahora…

—O sea, muy mal. ¿No?

—Para todos los habitantes de Maya Caribe en general…, y para los indios en particular. Ellos lo necesitan mucho más que los blancos o mestizos: nuevo sistema de vivienda, de familia, de educación, de cultivos… Dos de sus jefes han dado el primer paso, y yo… no quisiera defraudarles. Sería como… como robarles ese tesoro que durante tantos años han mantenido oculto. No sé si usted comprende lo que significa que mis mayas se hayan decidido a entregarme esas reliquias…

—En primer lugar, significa que están viendo muy de cerca las ventajas de la civilización. Y, luego, es evidente que confían de un modo absoluto en usted, en su palabra, en sus proyectos futuros, en su bondad para con ellos… Han puesto en usted toda su confianza, todo su futuro.

—Así es. ¿Acepta ayudarme?

Brigitte acabó su copa de champaña, en silencio, y durante unos segundos se dedicó a masticar lentamente la guinda. Por fin, miró de pronto a Terranova, entornados los ojos.

—Dígame una cosa, señor Terranova: ¿entiendo que usted, con tal de salvar a su hermano, entregaría ese tesoro maya?

—Sí. Temo… temo que sí.

—En cuyo caso, su país seguiría siendo pobre…, y alguien se convertiría en millonario de la noche a la mañana.

—Sí… Sí, claro…

—Está bien. Tenemos toda la noche por delante para charlar, señor Terranova. Y mañana la espía *Baby* saldrá hacia Maya Caribe, con la buena intención de salvar ese tesoro maya.

Capítulo II

De acuerdo a lo convenido con Amadeo Terranova en una charla que duró casi hasta la una de la madrugada, la agente de la CIA llamada *Baby* llegó, en misión personal, al aeropuerto internacional de Maya Caribe en un avión mixto de carga y pasajeros, habida cuenta de que solamente esta clase de aparatos hacían escala en la capital. Lo cual se comprendía fácilmente, ya que solo una vez de cada diez descendía algún pasajero para quedarse.

Y así, hacia las cinco y media de la tarde, la espía internacional se encontró sola al pie del avión, esperando que descargasen su equipaje.

Un empleado del aeropuerto le indicó que podría recogerlo directamente en la aduana, y Brigitte se dirigió hacia allí, llevando en su manita el mágico maletín rojo con florecillas azules estampadas, dentro del cual se podía encontrar desde un vulgar micrófono hasta un par de pequeños alfileres cuya cabeza era un diminutísimo emisor que facilitaba su localización, estuvieran donde estuvieran, por medio del detector…, que también estaba en el maletín.

En la aduana no hubo dificultad alguna. Un mestizo de espesa cabellera grasienta le sonrió, autorizó la entrada de la única maleta tras una mirada al pasaporte ya revisado, y se quedó mirando las esbeltísimas piernas cuando la visitante de su país se dirigió hacia la salida del aeropuerto, negando con una sonrisa la solicitud de un maletero que quería hacerse cargo de su equipaje.

Y, efectivamente, delante del pequeño y deslucido edificio del aeropuerto, estaba esperando un coche negro, cuyo modelo databa de no menos de seis años atrás. Había un hombre sentado al volante, fumando, con la cabeza vuelta hacia la salida del aeropuerto. Y apenas ver a Brigitte, tiró el cigarrillo, salió del coche y se acercó presurosamente a ella.

—¿Señorita Brigitte Montfort?

—Sí.

—Yo soy Álvaro… ¿Me permite su equipaje?

Lo dejó en el suelo, para abrirle la portezuela a Brigitte. Luego colocó la maleta junto al asiento del conductor, y ocupó este, sin decir palabra.

El coche se puso en marcha inmediatamente.

Brigitte encendió un cigarrillo, y luego se dedicó a mirar por ambas ventanillas el verde paisaje.

En un par de curvas, la ciudad quedó visible, al fondo, cerca del mar. Una ciudad blanca y roja, pequeña, con diminutos puntos de amarillento verdor que eran las copas de las palmeras. Lucía un hermoso sol todavía, pero a lo lejos, tierra adentro, se veían unos espesos nubarrones negros, que seguramente a no tardar provocarían una de las clásicas tormentas tropicales…

El auto iba a buena velocidad, a pesar de que el conductor no parecía un experto, precisamente. Cuando, en otra curva, Brigitte volvió a ver la ciudad, comprendió que no se estaban acercando a esta, sino alejándose tierra adentro.

Estuvo a punto de fruncir el ceño, pero se reprimió. Continuó fumando tranquilamente, mientras, con toda naturalidad, su manita derecha abría el maletín, introduciéndose en él. Los finos deditos asieron la pistola de cachas de madreperla, mientras los ingenuos y dulcísimos ojos azules veían los del conductor, fijos en ella por medio del retrovisor…

—Nos estamos alejando de la ciudad —sonrió la espía.

—No… La carretera es así, señorita… Describe muchas curvas.

—Pero no tiene por qué describirlas hacia el interior —la mano de Brigitte apareció, armada con la pistolita—. Haga el favor de dar la vuelta.

—No puedo hacerlo, lo siento.

—Muy bien. Lo va a sentir todavía más cuando yo apriete el gatillo, de modo que, o hace lo que le digo o…

—No apretará el gatillo —sonrió el hombre—. Observe, vamos rodeando un precipicio… No resulta muy peligroso, pero con un poco de mala suerte cualquiera puede matarse. Guarde la pistola, por favor. Le aseguro que somos amigos suyos.

—¿Somos? ¿Usted… y quién más?

—No pregunte, señorita Montfort. Nada va a ganar con saber lo que no es de su incumbencia. Francamente, opinamos que no debió salir de Estados Unidos.

—Álvaro, si usted no…

—No soy Álvaro —rio el hombre.

—Oh, por supuesto… Pues bien, amigo, sea quien sea: si no detiene el coche inmediatamente y se apea, creo que los dos vamos a caer a ese precipicio.

—Está bien. Lo detendré en cuanto hayamos pasado estas pocas curvas que quedan… Aquí sería muy difícil para usted realizar ninguna maniobra. Este es un país pobre, de carreteras estrechas, aeropuerto pequeño, un viejísimo ferrocarril que enlaza con México y Guatemala… No es lugar para usted.

—He estado en lugares peores. ¿Quién es usted y qué es lo que está tramando?

El hombre del volante sonrió amablemente.

—Todo lo que puedo decirle es que somos amigos. No debe temer nada de nosotros, ya que solo queremos que permanezca al margen de este asunto… ¿No es fácil?

—Muy fácil. ¿A qué asunto se refiere?

—¡Al del tesoro maya! —Rio el hombre—. Por favor, no nos considere tan tontos, señorita Montfort. Es obvio que si la he estado esperando en sustitución de Álvaro, es porque sabemos lo que está ocurriendo, y lo que… lo que nosotros queremos. Si se porta juiciosamente, no recibirá ningún daño, y dentro de unos días podrá regresar a Estados Unidos sana y salva. Bien… Ya está el coche parado.

—Apéese.

—Usted no lo ha entendido, señorita. No he parado el coche donde le convenía a usted, sino donde me convenía a mí… ¿No es cierto, Procopio?

Por la otra ventanilla apareció un hombre greñudo, de dientes blanquísimos mostrados en una sonrisa. Tenía los ojos diminutos, negrísimos, muy vivos, y un bigote enorme; y una pistola no menos enorme en la mano que introdujo por la ventanilla.

—Es linda la señorita, Borjas —comentó.

—Muy linda. No dispares a menos que ella pretenda hacerlo… o lo haga. Pero estoy seguro de que es lo bastante inteligente para

comprender que nuestra actitud será amistosa mientras ella no… prefiera lo contrario. ¿Quiere guardar su pistola, señorita Montfort? Una vez más insisto en que somos amigos suyos.

Brigitte frunció graciosamente el ceño y encogió los hombros.

—Está bien —sonrió, guardando la pistolita—. Sería una estúpida si me dejase matar en circunstancias que a nadie benefician.

El del volante la miraba con amable sonrisa.

—Antes de morir podría matarme a mí —recordó.

—¿Qué ganaría con ello?

—Buena pregunta. Usted y nosotros nos entenderemos bien, señorita Montfort. Serán pocos días… Y le aseguro que la respetaremos en todos los sentidos, porque conocemos muy bien la bondad de sus intenciones al venir a Maya Caribe. Siéntate junto a ella, Procopio. Y… Esto… ¿Es necesario que Procopio la esté apuntando durante el viaje, señorita Montfort, o nos asegura usted que no intentará nada?

—Será mejor que Procopio me esté apuntando —sonrió suavemente la dulce espía—. Nunca prometo nada que no esté dispuesta a cumplir.

—Lo siento por ti, Procopio: tendrás que vigilarla muy, pero que muy estrechamente. Nos vamos.

Procopio se había sentado junto a Brigitte, y el coche reemprendió la marcha, cuando todavía no parecía saber dónde poner el enorme sombrero de paja. Álvaro vestía correctamente, con mucha seriedad, pero Procopio llevaba unos pantalones deshilachados, blancos, como la camisa que anudaba ante su estómago. Tenía el clásico aspecto del mejicano sucio y bandolero, pero su sonrisa era simpática y amable. No obstante, sus menudos ojillos no se apartaron ni un instante de Brigitte, y la pistola permaneció firme en su gran mano nudosa y morena.

—¿Entiendo qué no piensan matarme? —musitó Brigitte.

—¡No, por Dios…! —exclamó Procopio.

—A menos —se apresuró a añadir Borjas— que usted nos obligue.

—Ya… ¿Para quién trabajan ustedes?

—Para la patria —rio Procopio—. ¿No es verdad, Borjas?

—Es verdad, Procopio. Mmm… Será mejor que te hagas cargo

del maletín de la señorita Montfort. Tiene ahí la pistola, y, a lo peor, algunas cosas más… ¡No lo abras!

—¿Por qué? —Se sobresaltó Procopio, a punto de hacerlo.

—Porque, a veces, cuando uno abre cosas que no son suyas, se lleva un buen susto. ¿No es cierto, señorita Montfort?

—Cierto —sonrió la divina—. Parece que ustedes entienden algo de espionaje, Borjas.

—No, no… ¡Qué va! Todo lo que sabemos de espionaje lo hemos aprendido en algunas películas… ¿No es cierto, Procopio?

—Es cierto, Borjas. Y algunas son muy buenas… Oye, Borjas, ¿no te gustaría ser, de verdad, un gran espía?

—¿No lo somos? —Sonrió Borjas.

—¡Bah…! Nosotros solo somos dos muertos de hambre con buena voluntad para hacer las cosas. Y eso tiene su mérito, ¿verdad?

—Verdad. ¿Usted sabe algo de espionaje, señorita Montfort?

—Muy poco —sonrió *Baby*, la espía internacional número uno.

—Ha de ser tan emocionante… Eso de que nunca se sabe quién es amigo y quién enemigo… Y todos esos trucos del cine: micrófonos, bombas, armas secretas, trucos… ¿Usted qué opina de todo eso?

—¿Yo? —parpadeó Brigitte—. Pues… nunca me he detenido a pensarlo. De veras.

—Sin embargo, sabemos que usted es una agente secreto que ha venido a meter sus naricitas en lo que no le importa y en un país que no es el suyo.

—Si tanto saben, sabrán también que no estoy aquí por capricho personal.

—Lo sabemos, claro. Y en cierto modo agradecemos sus intenciones. ¿No es cierto, Procopio?

—Es cierto, Borjas.

—La señorita Montfort debe de estar riéndose de nosotros: una agente importante como debe de ser ella, prisionera de dos desdichados… Esperemos que no recurra a ningún truco desagradable. Sería una cosa tonta morir cuando por primera vez estamos haciendo algo importante desde que el jefe nos dijo que nosotros seríamos sus espías favoritos… ¿No es cierto, Procopio?

—Es cierto, Borjas.

—¿Quién es su jefe? —preguntó Brigitte.

Procopio y Borjas se echaron a reír, y, naturalmente, no contestaron. El coche continuó rodando todavía durante casi una hora, alejándose más y más de la ciudad, tierra adentro. Por fin, enfiló un estrecho camino bordeado por grandes helechos y palmeras. Poco después, se detenía ante una cabaña poco menos que derruida, hecha de adobes y cañas, escondida entre un espeso arbolado, bajo la tupida sombra.

Procopio se apeó enseguida, sin dejar de apuntar a Brigitte, que comprendió que debía hacerlo también. Borjas hizo lo mismo, y se reunieron los tres en un lado del coche. Borjas sacó una pistolita, con la que apuntó a Brigitte.

—Yo me encargaré de ella. Tú, de Álvaro.

—Bueno.

—Hacia la cabaña, señorita Montfort —indicó amablemente Borjas—. Será su hogar durante algunos días. Siento mucho que no podamos ofrecerle las comodidades a que usted está sin duda acostumbrada.

—Me las arreglo bien en cualquier sitio… ¿No podré salir de la cabaña?

—Oh, sí… Cuando quiera dar un paseo, nosotros la acompañaremos.

Estaremos con usted en todo momento. Y si necesita algo, pídalo… Procopio y yo haremos lo posible por servirla, de acuerdo a las órdenes que nos dio el jefe. ¿No es cierto, Procopio?

Pero Procopio no contestó. Estaba muy ocupado, sacando un cadáver del portaequipajes, lo cual en absoluto impresionó a Borjas. Y todavía menos, a pesar de lo inesperado, a la agente *Baby*.

—¡Cómo pesa… el condenado…! —bufó Procopio.

Por fin, el cadáver cayó al suelo, ante los pies de Procopio, que se apresuró a cogerlo por un pie y empezó a tirar de él hacia la maleza que rodeaba la cabaña.

—Está muerto —dijo Borjas.

—Oh… ¿Tuvo un accidente?

—No, no… Tuve que matarlo de un par de balazos. Luego, Procopio me ayudó a meterlo ahí dentro, porque de momento no se podía hacer otra cosa, y yo fui a buscarla a usted, y le dije que era Álvaro.

—Qué estremecedora astucia —sonrió fríamente Brigitte—. ¿Está contento de su labor, Borjas?

—Por ahora, sí.

—¿Se siente satisfecho por haber matado a ese hombre?

—Más bien sí: era un traidor.

—¿Qué clase de traiciones había cometido?

—Pues… No lo sé exactamente, esa es la verdad. Pero si el jefe dice que Álvaro es un traidor, pues es un traidor.

—Era.

—Era —sonrió Borjas—. Entiérralo bien hondo, Procopio.

—Bueno.

Brigitte miraba de uno a otro, bastante desconcertada. Habían matado a un hombre, lo iban a enterrar en cualquier sitio, y seguían hablando y actuando con toda normalidad y tranquilidad. La única explicación que daban era que Álvaro, el enviado de Amadeo Terranova a recogerla al aeropuerto era…, había sido un traidor. ¿Traidor… a quién?

¿Y qué eran realmente Borjas y Procopio? Por la frialdad con que aceptaban la muerte de Álvaro, parecían dos espías experimentados, hartos ya de cosas como aquella. Y, sin embargo, estaba segura de que eran dos pobres diablos metidos con más voluntad que acierto a jugar a espías y traidores… Naturalmente, se sentía interesada, sobre todo teniendo en cuenta que Procopio había asegurado que estaban trabajando para la patria… ¿Cómo podían estar trabajando para la patria unos hombres que mataban a una persona de confianza de Amadeo Terranova, jefe del país, y que pretendían retenerla a ella para que no pudiese ayudarlo en nada…? Evidentemente, estaban en contra de Amadeo Terranova. Y, sin embargo, decían trabajar para la patria. Entonces…

—Vamos a la cabaña, señorita Montfort.

Miró curiosamente a Borjas. Era simpático y amable, y parecía cierto que no pensaban hacerle el menor daño. Una delicadeza de parte del jefe desconocido, sin duda.

Por supuesto, tal como estaban ahora las cosas, Brigitte podía deshacerse de los dos «espías» en cuanto se lo propusiera. Podía enseñarles algunos trucos que no habían aprendido en el cine. Procopio había desaparecido entre la maleza, y Borjas y ella estaban solos, camino de la cabaña. Borjas parecía listo, pero no basta esto

para hacer frente a una espía internacional que se ha jugado la vida docenas de veces en mucho peores circunstancias.

Cuando entraron en la cabaña, Borjas movió la pistola, circularmente.

—Deberá arreglarse aquí unos días, lo siento.

—Está bien. ¿Puedo disponer de mis cosas?

Borjas vaciló visiblemente.

—No —negó al fin—. Perdóneme, señorita Montfort, pero tenemos entendido que en las maletas de los espías hay cosas que no convienen a gente como Procopio y yo.

—¿Bombas y cosas así? —sonrió Brigitte.

—Más o menos. Yo comprendo la incomodidad que va a representar para usted esta situación, pero le ruego que acepte todo con la mejor voluntad. Son unas molestias que la perjudicarán menos que la muerte, ¿no cree?

—Pues no lo sé: nunca he estado muerta.

Borjas soltó una carcajada. Parecía divertido, en el fondo. Y miraba con absoluta simpatía a aquella dulce muñeca de ojos azules. Con tanta simpatía, que Brigitte comprendió que, pese a cualquier advertencia que hubiera recibido, Borjas no creía una sola palabra respecto a lo peligrosa que ella pudiera resultar.

—Es usted una prisionera estupenda —admitió Borjas—. Menos sus cosas, puede pedir lo que quiera. Si lo tenemos, se lo traeremos. Procopio y yo somos personas amables.

—Bien… La verdad es que eso me ha parecido, Borjas. Y en atención a esa amabilidad, procuraré no ser demasiado dura con ustedes.

—¿Demasiado dura? —quedó perplejo Borjas.

—Quiero decir que no voy a matarlos, si puedo evitarlo.

Ahora, Borjas quedó boquiabierto.

—¿Matarnos…? Mire, señorita Montfort, el que tiene la pistola aquí soy yo, de modo que sea sensata y no pretenda demostrar que lo que ocurre en el cine es cierto. Tómese las cosas con calma, duerma todo lo que quiera, y dentro de unos días podrá volver a su país, sana y salva. ¿Es buena la idea?

—Muy buena. Pero tengo otra mejor.

—¿Cuál?

—Hacer las cosas a mi gusto, no al suyo.

Borjas abrió la boca, dispuesto a decir algo. Desde luego, lo que menos esperaba era que después de aquellas palabras la dulce muchachita de ojos azules se tirase contra él con tal ímpetu que quedó entre sus brazos. Y así la pistola de Borjas quedó apuntando a una pared, simplemente. Cuando quiso encoger el brazo, una de aquellas manitas de nácar sonrosado había aferrado su muñeca… Y, en el acto, tras una electrizante sensación de dolor en el brazo, Borjas salió volando cabeza abajo hacia la pared donde poco antes había apuntado su pistola. Golpeó allí con tremenda fuerza, cayó perpendicularmente al suelo, siempre cabeza abajo, y cuando quiso reaccionar se encontró con la punta de su pistola poco menos que metida en su nariz.

—Tranquilo, Borjas. No dé lugar a que le demuestre mi lado desagradable.

—Mi… mi cabeza…

—Eso no es nada —sonrió fríamente la espía—. Un pequeño coscorrón, que pronto quedará olvidado. Ahora, siéntese cómodamente, de espaldas a la pared…, y piense que quien tiene la pistola soy yo. ¿Alguna duda?

Borjas obedeció las indicaciones de la espía. Se quedó mirándola hoscamente, rascándose la parte dolorida de su cabeza.

—¿Qué espera para matarme?

—Tengo sistemas muy diferentes a ese —dijo Brigitte—. No voy a dármelas de niña bondadosa, Borjas, pero, en general, antes de apretar el gatillo busco posibilidades para mis enemigos. ¿Quién le envió?

—No se lo diré.

—¿Fue el propio Amadeo Terranova?

Los ojos de Borjas se desorbitaron. Desde luego, no era un espía profesional. Y como aficionado era de lo más deficiente.

—De acuerdo —sonrió Brigitte—. No fue Terranova. ¿Quién fue? Borjas apretó los labios. Seguramente también aquel gesto lo había visto en una película, y eso obligó a Brigitte a sonreír otra vez.

—No estoy bromeando —advirtió—. Y por última vez le aconsejo que no se fíe de mi sonrisa de niña buena… ¿Quién le envió?

—Al demonio con usted, espía —gruñó Borjas.

Brigitte tenía la pistola en la mano derecha. La movió como si fuera a golpear a Borjas en la cabeza, y cuando este alzó los brazos para protegerse del golpe, recibió el impacto de la mano izquierda de la espía en plena garganta. Emitió un ronquido… y eso fue todo. Cayó de lado, desvanecido instantáneamente.

Brigitte se incorporó, se acercó a la puerta de la cabaña y miró hacia el exterior. Solamente se veía el coche negro, todavía con el portaequipajes abierto. En el suelo quedaba la marca del cadáver de Álvaro al haber sido arrastrado hacia la maleza.

Baby se quitó los zapatos, que dejó cuidadosamente a un lado de la puerta. Luego, se deslizó velozmente fuera de la cabaña, hacia la espesura, paralelamente al lugar donde se veía la marca dejada por Álvaro al ser arrastrado por un pie.

En pocos segundos se encontró rodeada de helechos. Permaneció inmóvil unos segundos, hasta orientarse sin lugar a dudas respecto al silbido que estaba oyendo, hacia su izquierda. Se deslizó hacia allí, en el más completo silencio, y poco después, en un pequeño claro, veía a Procopio, cavando una fosa y silbando. Bajo la sombra de un árbol, el cadáver de Álvaro.

Tres minutos más tarde, Procopio terminaba la fosa. Sacó un pañuelo enorme, muy sucio, y se lo pasó por el sudoroso rostro. Luego, miró hacia el cielo, soltó un resoplido y se desplazó hacia un lugar sombreado.

Estaba pasándose otra vez al pañuelo por la frente cuando oyó la voz tras él:

—Ahora, Procopio, saque su pistola, tírela hacia la fosa, y no se preocupe de nada más.

Tras unos segundos de inmovilidad, Procopio musitó:

—¿Ha matado a Borjas?

—No. Y si usted se porta bien, tampoco morirá.

—Creo que me portaré bien.

—Magnífico. En primer lugar, tire su pistola a la fosa.

Procopio sacó su gran pistola, vaciló, miró de reojo hacia atrás y, por fin, tiró el arma hacia la fosa.

—¿Y ahora?

—Ahora, dígame una sola cosa, y todo irá bien. Por mi parte, podremos seguir siendo… amigos, en cierto modo.

—¿Qué cosa tengo que decirle?

—¿Quién es el jefe de ustedes?

Procopio fue mucho menos delicado que Borjas. Lanzó un escupitajo, y dijo:

—Así reviente en pedazos muy pequeños.

—¿No quiere decirlo?

—Ni aunque me haga pedacitos, linda. Por mucho que…

¡Clock!

Procopio recibió el culatazo en plena cabeza. Cayó de rodillas pesadamente, y entonces recibió otro, que lo tiró de bruces. Brigitte apareció por detrás de él, y se lo quedó mirando con cierta simpatía.

—Un par de pobres tontos. Si yo quisiera, me diríais ahora mismo todo que me interesa, pero tengo una idea que puede dar mejores resultados.

Asió a Procopio de un pie, y lo arrastró hasta la cabaña. Luego, lo ató sólidamente con una cuerda de plástico que encontró en el coche. Lo hizo de tal modo que quedaron los dos atados con la misma cuerda. O se desataban los dos o ninguno. Y para desatarse los dos tenían trabajo para más de un día. Eso, con suerte, porque quien los dejó amarrados era ni más ni menos que la agente *Baby*.

Esta salió de la cabaña, fue a donde yacía Álvaro, y estuvo mirándolo unos segundos. Verdaderamente, lo mejor que se podía hacer por aquel hombre era enterrarlo. Pero, a veces, lo que a primera vista parece lo mejor resulta luego lo peor.

Estuvo reflexionando todavía un par de minutos. Por fin, su mirada quedó fija en el coche.

Sí. Decididamente, su última idea era la mejor.

Capitulo III

Eran cuatro las personas que estaban reunidas en aquella pequeña villa de las afueras de la ciudad de Maya Caribe, casi tocando el mar.

Y las cuatro mostraban preocupación, cada una a su manera. El más inquieto, sin duda alguna, era Amadeo Terranova, que no cesaba de mirar por la ventana hacia el camino que, llegando de la ciudad, rodeaba la villa por detrás y moría delante mismo del gran porche de blancas columnas.

En inquietud, le seguía la única mujer de la reunión: Mercedes Alba.

Veintidós años, grandes ojos negros, boca roja y llena, cuerpo fino y elástico, elegante su porte y sus ropas, largos los negrísimos cabellos suavemente ondulados.

Esteban Sorolla, quizá por su edad, era el que parecía dominar mejor sus reacciones. Se movía lentamente, con naturalidad, y no había mirado ni una sola vez por la ventana; sonreía con amabilidad, como si nada temiese, como si estuviera seguro de que nada podía ocurrir. Tenía sesenta años, blanco casi todo el cabello, igual que su frondosa perilla, y llevaba unos lentes de cristales cuyo color estaba entre el azul y el marrón; lentes que querían parecer de protección contra el sol, pero que, sin duda, tenían no poca graduación; de lo contrario, no cabía duda que Esteban Sorolla se los habría quitado al llegar la noche. Parecía un hombre inteligente, afable, tranquilo.

Y el más frío, de rostro duro, seco, impenetrable, era el general Diosdado Martínez. El jovencísimo general Martínez, que había alcanzado las cuatro estrellas de tres puntas a la edad de treinta y tres años, es decir, dos años atrás. Rostro bronceado, hermético, viril; ojos oscuros, grandes, de párpados alargados que se entornaban con facilidad, ocultando en un instante la expresión de

inteligencia de los ojos, que parecían destellar a veces como si fuesen un objetivo fotográfico trabajando a la fugacísima luz de un *flash*. Cabellos color cobre, lacios, y un bigote bien recortado. Mandíbula recia, puntiaguda; manos de dedos largos, finos y fuertes, muy bronceadas. Estatura corriente, que quizá parecía inferior por la anchura de los hombros.

Fue precisamente Diosdado Martínez quien, tras beber el último sorbo del ron de su vaso, insistió, mirando a Terranova:

—No me cuesta nada llegarme al aeropuerto a preguntar, Amadeo.

Terranova se apartó de la ventana, moviendo negativamente la cabeza.

—No. Ella llegará más pronto o más tarde.

Mercedes Alba miró con una chispa de furia en sus hermosos ojos al joven general del Ejército de Maya Caribe.

—¿Lo sentiría usted, general?

Diosdado la miró con el ceño fruncido, entornados los ojos como si le molestase el humo del grueso cigarro que estaba fumando.

—No tengo ganas de discutir; señorita Alba. Y menos con una mujer. Discúlpeme.

—Usted preferiría que esa espía no llegase jamás a Maya Caribe… ¡En realidad, la única persona que la espera con auténtica ansiedad soy yo! En el fondo, todos, los tres, están deseando que todo vaya mal, que ese tesoro maya no pueda entregarse…, y que Carlos no regrese jamás…

Esteban Sorolla se limitó a mirarla con tolerancia. Diosdado Martínez hizo un gesto de resignación, y continuó fumando. Amadeo Terranova palideció, y se plantó nerviosamente delante de la muchacha.

—Mercedes… ¿cómo puedes decir eso?

—Lo sé.

—No discutas con ella, Amadeo —aconsejó muy sensatamente Diosdado—. Está nerviosa y asustada. Por poco que insistas, llegará a acusarte a ti o a todos nosotros de ese rapto de tu hermano…

—¡Es una idea que ya se me había ocurrido, general Martínez! —casi gritó la muchacha.

—Me lo temía —sonrió apenas Diosdado—. Y dígame, señorita Alba, ¿qué ganaríamos los aquí presentes con todo este asunto? Si

entregamos el tesoro maya, perdemos una maravillosa oportunidad para el desarrollo de Maya Caribe; si no lo entregamos, probablemente matarán a Carlos… ¿Quién de aquí gana algo con cualquiera de las dos cosas? ¿Yo, quizá?

Mercedes Alba se mordió los labios, palideciendo. Apretó las manitas casi histéricamente, y estuvo claro que no encontró nada que decir. Esteban Sorolla fue hacia ella, le pasó un brazo por los hombros, y la llevó hacia el pequeño sofá del juego de tresillo. La sentó, se sentó él a su lado, y le dio unas palmaditas en las manos.

—Calma, niña, calma… El general tiene razón. Todos queremos a Carlos y todos queremos a Maya Caribe. Por eso, la idea de Amadeo fue la mejor: pedir ayuda a quien pudiera obrar más fríamente, a fin de evitarnos ofuscaciones peligrosas. No ganaremos nada discutiendo aquí, entre nosotros, eso está claro.

—¡Pero esa mujer no llega…! ¡Tenía que estar aquí hace más de dos horas!

—Bien… Eso es cierto. Quizás alguien la haya considerado… peligrosa, y nos ha privado de ella. Si así es, todo seguirá adelante, más o menos igual: formaremos una expedición para ir a entregar ese tesoro maya en el lugar que nos indiquen. Todos estamos ansiosos por recuperar a nuestro querido Carlos… ¿No es cierto, caballeros?

Un destello irónico, frío, pasó por los brillantes ojos del joven general Martínez. Por su parte, Amadeo Terranova inclinó la cabeza un instante, en lo que pareció un gesto de asentimiento.

—Naturalmente —dijo Martínez—. Todos estamos deseando que regrese. En especial, como es lógico, su prometida. Y su hermano, por supuesto.

—Todo acabará bien —tranquilizó Sorolla a la muchacha—. Ya verá como todo acabará muy bien.

—¿Para quién? —preguntó incisivamente Martínez.

—Pues… para todos. ¿No?

—Usted quiere decir, sin duda, que todo acabará bien para las pocas personas que apreciamos o amamos a Carlos Terranova…, y para los que se lleven ese tesoro maya. Pero yo pregunto: ¿es esa una feliz solución para Maya Caribe?

Los tres se quedaron mirando fijamente a Diosdado. Por un instante, pareció que la muchacha fuese a decir algo, pero optó por

callar. Todos sabían lo que estaban sacrificando por un solo hombre… Lo que estaban dispuestos a sacrificar. Y la sensación de culpa, de remordimiento ante aquel egoísmo personal, los enmudeció a los tres.

Diosdado continuó fumando, casi visible en su rostro una dura sonrisa. Miró su vaso vacío, ladeó los ojos hacia el armarito abierto en el que se veían las botellas de licor, y se puso en pie desganadamente. Tenía la cintura delgadísima, y la guerrera le caía de un modo magnífico, sin poder ocultar la potencia de aquellos hombros tan musculados.

—¿Alguien quiere más…?

—¡Ssst! ¡Calla, Diosdado! —exclamó Terranova.

Se quedaron todos inmóviles. Terranova señalaba hacia el exterior, entornados los ojos en el gesto de quien es todo oídos. Y, efectivamente, se oyó la llegada de un auto. En cuanto esto fue una seguridad, todos se precipitaron hacia el ventanal. Y a través de él vieron detenerse el negro coche; no delante de la casa, sino una docena de yardas más allá, bajo un frondoso plátano.

—¡Es ella! —exclamó Terranova—. ¡Voy a…!

La diestra de Diosdado pareció clavarse en un brazo del jefe de Estado de Maya Caribe, inmovilizándolo.

—Quieto aquí, Amadeo. Yo saldré a ver quién es.

—¡Pero…!

—Él tiene razón —dijo Esteban Sorolla, sombrío—. Ese auto ha debido pararse delante de la casa. Álvaro siempre lo hace así. Puede ser una trampa, Amadeo.

—¿Una trampa… contra quién? Es absurdo… Si tenemos que entregar el tesoro maya, nadie nos hará el menor daño hasta…

—Yo saldré —cortó secamente Diosdado.

Desabrochó su revolvera militar, dejó el vaso y el cigarro, y abrió la puerta. Salió al porche y caminó por este hasta llegar al borde. El auto permanecía, silencioso ahora, bajo el umbrío plátano. Fruncido el ceño, Diosdado Martínez vaciló unos segundos, antes de decidirse a acercarse más, lo cual hizo con el revólver ya en la mano.

A los pocos pasos, reconoció a Álvaro, sentado al volante del auto.

Se detuvo en seco, y sus párpados se entornaron hasta que de los

ojos solo quedó visible el Intenso brillo. Alzó el revólver, y musitó:

—¿Álvaro?

Álvaro no se movió. Ni siquiera contestó. Continuó impávido, sentado al volante. Se oía el rumor del mar, muy cercano, y eso era todo. Diosdado Martínez se acercó más, y más, y más… Cautelosamente, listo el revólver.

Por fin, se detuvo junto al auto. Vio que Álvaro tenía los ojos cerrados, el rostro rígido y lívido. Lo tocó con un dedo, pasando la mano por el hueco de la ventanilla, cuyo cristal estaba bajado. Y Álvaro se ladeó en el asiento, cayendo de lado, ocupándolo todo. Diosdado Martínez se quedó mirándolo en verdad confuso y desconcertado. Tanto, que durante unos segundos permaneció inmóvil, incapaz de tomar la menor iniciativa.

Se apartó un poco del coche, mirando a todos lados. Naturalmente, Álvaro no era quien había conducido hasta allí. Pero era evidente que quien lo había hecho no pensaba dejarse ver. Sin duda, en aquellos momentos estaba alejándose a toda prisa…

—¡Amadeo! —llamó Martínez.

Terranova apareció en el porche, y echó a correr hacia el auto. Mercedes Alba salió tras él, y Esteban Sorolla fue el último, con más calma… Los cuatro quedaron reunidos en aquel lado del coche.

—¿Qué…?

—Han traído a Álvaro.

—¿Cómo? ¿Que han…? Pero…

Diosdado abrió la portezuela, y todos vieron a Álvaro, tendido de lado en el asiento. El joven general asió los tobillos del cadáver, los alzó de modo que sobresalieron del coche, y tiró de ellos, deslizando a Álvaro por el asiento, hacia afuera.

Sorolla y Terranova le asieron cada uno de un brazo antes de que el peso de la cabeza y los hombros lo llevara rudamente al suelo. Mercedes había retrocedido unos pasos, y tenía las manos ante la boca, fijando sus desorbitados ojos en el cadáver.

—Vamos a la casa —dijo Martínez—. Y deprisa. Todavía no estoy seguro de que esto no sea una trampa.

—¿Una… una trampa…? —musitó Amadeo.

—No es normal enviar cadáveres. Lo han hecho con algún propósito determinado. Deprisa.

Se dirigieron presurosamente hacia la casa, seguidos de

Mercedes, que parecía no poder apartar los ojos del cadáver, del trágico balanceo inerte de su cabeza…

Entraron en la casa, ofuscados, todos pendientes del exterior, temiendo algo todavía.

—Cierre la puerta —dijo Diosdado.

Mercedes lanzaba un grito en aquel momento. Había dejado de mirar a Álvaro, y ahora sus ojos, aún más desorbitados, permanecían fijos en algo o alguien que estaba tras los tres ofuscados hombres, que se volvieron sobresaltados, crispados…

Diosdado Martínez soltó los pies de Álvaro, y sacó rápidamente su revólver militar, que quedó apuntado en el acto a la hermosa mujer que estaba sentada en un sillón, cruzadas las esbeltísimas piernas, con una copa de champaña en la mano y una sonrisa en los hermosos labios. Al saberse mirada por todos, alzó un poquito la copa, y dijo:

—Muy amable de su parte esta atención, señor Terranova. Supongo que el cubo de hielo con una botella de Perignon 55 me estaba esperando a mí.

Amadeo Terranova se relajó; se pasó una mano por la sudorosa frente.

—Señorita Montfort… ¿Qué… qué…?

Brigitte bebió un sorbito, ladeó la cabeza graciosamente, y comentó:

—Casi está en el punto exacto de frío que a mí me gusta. ¿No va a guardar el revólver, general Martínez?

Diosdado miró hoscamente a Terranova.

—¿Es ella? —masculló.

—Sí… Sí, es ella… Pero no comprendo…

—No se desconcierte por lo espectacular de mi llegada, señor Terranova. Es que soy un poquitín desconfiadilla.

—¿De qué desconfía usted? —preguntó abruptamente Diosdado.

—De todo, general. Y de todos.

—Oh… —Diosdado sonrió secamente—. Vaya, magnífico… Supongo que me incluye en ese «todos».

Brigitte sonrió, desviando la mirada hacia Esteban Sorolla, que se había adelantado un par de pasos, diciendo amablemente:

—Las explicaciones deberían empezar por las presentaciones. Soy…

—Esteban Sorolla, consejero político de Amadeo Terranova. Lo sé muy bien, señor Sorolla. Ella es Mercedes Alba de Campos, la prometida de Carlos Terranova. El general se llama Diosdado Martínez, y es un brillante militar… dentro de las posibilidades que de este tipo ofrece un pequeño país como es Maya Caribe. El señor Terranova tuvo la amabilidad de informarme sobre todos ustedes cuando me visitó, habida cuenta de que mi primera entrevista al llegar a Maya Caribe sería con los cuatro. ¿Cómo están, señorita y caballeros?

El único que reaccionó fue Diosdado, que miró casi irónicamente a Amadeo Terranova.

—No sé qué tal servirá para lo que esperas de ella, Amadeo… Pero, al menos, admito que es simpática y desenvuelta.

—Muchas gracias, general.

—No se merecen —se inclinó elegantemente Diosdado, sin abandonar su actitud irónica—. Pero creo que sí merecemos los aquí presentes una… «pequeña» explicación.

—¿Sobre mi retraso? ¿O sobre la muerte de Álvaro?

—Sobre ambas cosas…, que supongo están relacionadas.

—¿Mató usted a Álvaro? —musitó Sorolla.

—No.

—Tremendo fallo, señorita Montfort —sonrió Diosdado—. Eso la priva de un poquito de mi admiración.

—Diosdado —musitó Terranova—, ¿qué estás diciendo?

—No querrás que lamente la muerte de Álvaro, ¿verdad? Hace ya tiempo que no me fiaba de él.

—¿Que no… te fiabas de Álvaro?

—En absoluto. Y espero que la señorita Montfort, con sus explicaciones, me dé la razón… ¿Sí, señorita Montfort?

—Pues… me temo que no, general —musitó Brigitte, tras beber otro sorbito de champaña, entornados los ojos—. Realmente, no podría acusar a nadie de nada. Temo que mi explicación les va a parecer no poco sorprendente, ambigua, y… Bueno, yo diría que casi increíble. Por lo menos, lo es para mí.

Terranova había acercado el otro sillón, y se sentó muy cerca de Brigitte, mirándola bastante excitado.

—Bien… ¿Qué pasó?

—Llegué al aeropuerto, se me admitió la entrada en Maya

Caribe, y enseguida me dirigí hacia la salida, donde, de acuerdo a lo convenido, debería estar esperándome un coche cuyo conductor sería un hombre llamado Álvaro… ¿No es así, señor Terranova?

—Sí, sí… Siga, por favor.

—Bien… En efecto, allá estaban el coche y el hombre. Este dijo que se llamaba Álvaro, colocó mi equipaje dentro del coche, y nos fuimos. Al poco, me di cuenta de que no veníamos hacia la ciudad, sino que íbamos tierra adentro. Sospeché algo, le apunté con mi pistola y le dije que se detuviera y se apease. Dijo que bueno, y detuvo el coche poco después… Entonces, apareció otro hombre, que me apuntó con una enorme pistola, de modo que me pareció mejor no pelear, ya que, al mismo tiempo, comprendía que no pretendían perjudicarme seriamente…

—¿Quiénes eran esos hombres? —inquirió Diosdado.

—Se llamaban Borjas y Procopio… ¿Los conocen?

Fue mirando uno a uno, rápidamente, al hacer la pregunta, pero la negativa fue unánime.

—¿Qué querían? —preguntó Terranova.

—Pues… No lo sé exactamente. Entendí algo de llevarme a no sé dónde y tenerme allá unos días. Me vendaron los ojos, y el coche siguió la marcha. Luego, el coche se detuvo, quizá media hora más tarde… Me dijeron que me apease, y me llevaron hacia una cabaña…

—¿No dice que le vendaron los ojos? —interrumpió Diosdado. Brigitte lo miró afablemente, y continuó impávida:

—… A una cabaña en la cual me dijeron que tendría que pasar unos cuantos días. Me dejaron allí y salieron. Entonces, me quité la venda de los ojos. Esperé un poco, y como no oí ni vi nada me decidí a salir de la cabaña. Y como ya no tenía puesta la venda —miró sonriente a Diosdado Martínez— la vi perfectamente. El coche estaba allí cerca. Subí a él, regresé hacia el aeropuerto, y luego, recordando las indicaciones del señor Terranova, me vine hacia esta villa donde me estaban esperando los cuatro. Detuve el coche en el camino, porque quería ver si mi equipaje me lo habían robado o estaba en la cajuela. Estaba en la cajuela. Y, además, estaba el cadáver de un hombre, que supuse era Álvaro. Eso me desconcertó… y no me gustó. De modo que poco antes de llegar a esta Villa, temiendo alguna trampa, senté a Álvaro al volante, y al

llegar aquí salí del auto, y mientras ustedes iban hacia allí, yo entré en la casa. Ya les he dicho que soy un poquitín desconfiadilla. Y eso es todo, señores.

Los cuatro personajes se quedaron mirándola incrédulamente.

—¿Eso… es todo? —musitó Terranova.

—Sí, sí.

—Pero… ¡Pero es absurdo! Primero matan a Álvaro, la engañan a usted para llevarla a una cabaña, y luego la dejan escapar tranquilamente…

—Ya les he dicho que mi explicación les parecería increíble.

—No tiene la menor lógica —susurró Diosdado.

—Yo he pensado algo… Quizá Borjas y Procopio sufrieron un contratiempo, y por eso no estaban allí cuando yo me decidí a salir de la cabaña…

—¿No los volvió a ver?

—No. Ni me molesté en buscarlos, naturalmente. Vi el coche, subí, lo puse en marcha… Ni yo misma creía lo que estaba sucediendo.

—¿Sabría volver a ese lugar? —preguntó Terranova.

—Mmm… Temo que no. Fui orientándome primero con una pequeña brújula de mi equipo, y luego por el resplandor de la ciudad para llegar hasta la costa, pero me parece que me desorienté en algunas ocasiones, crucé caminos… Me gustaría volver allá para investigar bien, pero no sabría hacerlo. Lo siento.

—Es extraño todo esto —murmuró Sorolla—. ¿No le dijeron esos dos hombres lo que pretendían exactamente?

—Retenerme unos días. Es todo lo que sé. Lo que no me gustó, señores, fue que conocieran mi nombre, la hora de mi llegada, los propósitos de mi viaje a Maya Caribe… Sabían también que un hombre llamado Álvaro me estaría esperando en un auto, ya que uno de ellos, el llamado Borjas, se hizo pasar por Álvaro… Quizá debió describirme a Álvaro en nuestra entrevista en Estados unidos, señor Terranova. Fue un fallo no hacerlo.

—Sí… Bueno, no sé… No se me ocurrió que… que podría ocurrir nada de esto…

—Ya no importa, realmente. Lo que importa es que alguien sabe mi llegada a Maya Caribe, y, si no lo interpreto mal, no quiere en modo alguno que yo intervenga. Pero supongo que será fácil

encontrar pronto a esa persona.

—¿Fácil? —musitó Terranova.

—Por supuesto. Dígame los nombres de las personas con las que comentaron mi llegada, y… ¿Qué ocurre?

Los fue mirando uno a uno. Todos ellos, a su vez, la miraban fijamente, como desconcertados. Mercedes Alba parpadeaba, atónita. Brigitte optó por acabar el champaña, esperando que reaccionasen de un modo u otro, pero no sucedió.

—¿He dicho algo… grotesco, u ofensivo…?

—Es que… —Terranova se pasó la lengua, por los labios—. Es que nadie más que nosotros cuatro sabíamos que usted iba a llegar esta tarde a Maya Caribe. Ni siquiera Álvaro, que fue enviado a última hora, supo nada hasta el último momento, hasta que tuvo que ir con el coche al aeropuerto con la indicación de traerla a usted a esta villa.

Brigitte abrió un poquito de más los espléndidos ojos, mostrando una lógica perplejidad. Por fin, sonrió dulcemente.

—Bien… En ese caso, habrá que buscar por otro lado, ¿no les parece? Supongo que esta es la villa en la cual voy a quedar yo alojada, señor Terranova.

—Oh, sí… Está a su disposición… Mañana le enviaré el servicio, para que esté atendida debidamente También puede disponer del coche. Respecto a esta noche, sería un placer que aceptase cenar conmigo en…

—Estoy tan cansada que todo lo que me interesa es dormir doce horas seguidas. De todos modos, gracias. Y ahora, si me disculpan…

Los hombres se pusieron en pie. Diosdado Martínez se quedó mirándola fijamente.

—¿No piensa hacer nada esta noche?

—Dormir. En mi opinión, no podremos hacer gran cosa hasta que le indiquen al señor Terranova dónde y cuándo debemos llevar el tesoro maya. Buenas noches a todos.

La primera en dirigirse hacia la puerta fue Mercedes Alba. Amadeo Terranova se apresuró a despedirse de Brigitte, saliendo a toda prisa en pos de la muchacha. Esteban Sorolla tomó blandamente la mano de Brigitte, sonriendo como si estuviese muy fatigado. Diosdado Martínez se limitó a dar un seco taconazo, y salió el último, fruncido el ceño, no muy conforme, al parecer, con

los métodos de la «famosa» espía amiga de Nataniel.

Apenas hubo llegado a su auto de matrícula militar, Diosdado se llevó una mano a la cabeza, frunció el ceño y miró hacia la casa. Vaciló un instante, pero volvió hacia ella, esforzándose en no mirar hacia el coche de Terranova, junto al cual Mercedes y Amadeo conversaban casi excitadamente…

Subió al porche, empujó la puerta y entró. Brigitte, en pie junto al ventanal, se volvió a él, sonriente.

—¿Olvidó algo, general?

—Mi gorra. ¿Está… espiando algo interesante por la ventana?

—Todo es interesante. Viendo a la señorita Alba y el señor Terranova, uno diría que no se llevan muy bien, pese a que están destinados a ser cuñados.

—Quizás a Amadeo no le guste ser cuñado de ella. Por supuesto, él la merece más que Carlos.

—Mmm… No sé si le entiendo, general.

—Estoy seguro de que sí. Son cosas que pasan con frecuencia. De todos modos; Amadeo es un caballero, y un hombre como mejor no podríamos encontrar para gobernar Maya Caribe. Mercedes Alba es… de mente más estrecha.

—Están muy excitados… Ella parece… recriminarle algo. Espero que a esa chica no se le haya ocurrido la idea de que Amadeo ha querido quitar de en medio a Carlos para quedarse con ella.

—Muy perspicaz su observación, señorita Montfort.

—¿Y acercada? —musitó Brigitte.

Diosdado fue a la mesita donde estaba su gorra. La recogió, y se quedó mirando el maletín rojo con florecillas azules estampadas, parpadeando asombrado. Luego, miró á Brigitte, que sonrió cándidamente.

—Nunca me separo de él: contiene esos pequeños secretos que… toda mujer necesita.

—Oh… Sin embargo, usted no parece de las que recurren en exceso al maquillaje y cosas de esas. Y… debo admitir que no le hacen ninguna falta esas cosas.

—Inesperada amabilidad la suya, general —sonrió la espía—. ¿No estará usted buscando el modo de… quedarse un rato?

—Por supuesto que no —gruñó Martínez, encasquetándose la gorra casi furiosamente—. También para mí el día ha sido duro, de

modo que deseo el descanso más que ninguna otra cosa.

—Casi me humilla usted, general… Buenas noches. Y ojalá su descanso sea perfecto.

Diosdado se quedó mirándola desde la puerta.

—Siempre lo es. Buenas noches.

Volvió a salir. Brigitte lo vio alejarse cuando de nuevo miró por el ventanal. Pero prestó más atención a Amadeo Terranova y Mercedes Alba… Esteban Sorolla se había marchado ya.

Cuando Diosdado Martínez pasó hacia su auto, Mercedes se apartó abruptamente de Terranova, y corrió hacia el militar. Hablaron unos segundos, Martínez vaciló… Terranova se metió en su coche, y entonces Martínez continuó hacia el suyo, con Mercedes Alba. Estaba clarísimo que la muchacha se sentía tan disgustada con Terranova, que prefería la compañía del adusto pero atractivo general Martínez, para regresar a la cercana ciudad.

Se fueron los dos autos, y Brigitte quedó todavía unos segundos junto al ventanal, pensativa.

Por fin, fue a donde estaba su maletín, lo abrió, y sacó el receptor de las señales de los diminutos emisores colocados en cabezas de alfileres no mayores que medio grano de arroz. Puso en marcha el receptor, y en el acto se oyó la señal: bip-bip-bip-bip-bip…

Estuvo oyéndola todavía durante un par de minutos, con toda claridad. Luego, la señal fue bajando de tono, hasta que, un minuto más tarde, dejó de oírse completamente.

Bien… Habría sido un placer dedicarse realmente a descansar, pero no podía permitirse ese lujo cuando tenía la posibilidad de investigar, por lo menos, a uno de los personajes que intervenían en el asunto del tesoro maya.

Uno de los cuatro estaba jugando sucio.

Capítulo IV

El coche de matrícula militar se detuvo junto a la cabaña, saliéndose del ensanchamiento del camino, de modo que quedó bajo los árboles.

Diosdado Martínez sacó su revólver, y, sin apearse del coche, llamó:

—Borjas… Procopio…

Se oía el chirriar de los insectos nocturnos. Y a lo lejos, el retumbar de algunos truenos, precursores de una de las intensas tormentas tropicales, qué se cernía ya hacía horas sobre Maya Caribe… Eso era todo lo que se oía.

El joven general salió del coche, por fin, tras esperar casi medio minuto, y se acercó lenta y cautelosamente a la cabaña de adobe. Se detuvo ante la puerta, y entonces miró a todos lados, como si tuviera la esperanza de ver en la oscuridad. Fue empujando lentamente la puerta con la punta del revólver, mientras preparaba la linterna en la zurda… Acabó de abrir la puerta de golpe, y el chorro de luz penetró en la cabaña de pronto, creando un irregular círculo amarillento en la pared del frente. Luego, el círculo se desplazó hacia la derecha y abajo, buscando… Después, hacia la izquierda…

La luz pasó bañando los perfiles de Borjas y Procopio, que, al parecer, estaban sentados en el suelo, espalda contra espalda. Quedó fija en el perfil de Procopio; luego, en el de Borjas. Diosdado Martínez se acercó a ellos, ya sin apartar la luz del rostro de Borjas. Tenía los ojos abiertos, y tres grandes manchas de sangre en el pecho. Procopio tenía los ojos cerrados, la cabeza un poco ladeada, y un hilillo de sangre se deslizaba por un lado de la boca, hacia el cuello y el pecho; también en su pecho se veían las manchas de sangre.

Diosdado Martínez había guardado ye el revólver, y su mano se deslizó temblorosamente por la cabeza del sonriente y simpático personaje.

—Procopio, muchacho… ¿Qué os han hecho, qué os han hecho…?

Estaban atados de espaldas el uno al otro. Atados con una solidez y conocimientos de los nudos que incluso contando con la relativa ventaja de poder usar las cuatro manos con cierta libertad, habrían tardado un par de días en poder desatarse. Y cuando estaban atados, les habían llenado el pecho de balas…

El general se dejó caer sentado al suelo, y apagó la linterna.

—Ha sido ella… —musitó—. Ha tenido que ser ella… Toda esa historia que ha contado, tan absurda… Ha sido esa Brigitte Montfort quien os ha matado. Y ella ha mentido porque espera que alguien venga a veros, y quizá que luego le vaya a pedir cuentas… Entonces, sabrá quién os envió, porque estoy seguro de que vosotros no se lo dijisteis. Es una trampa contra mí… Si voy a pedirle cuentas, caeré en ella, sabrá que yo os envié… Eso es lo que esa mujer está esperando.

Volvió a encender la linterna, deslizando la luz por toda la cabaña. No había allí nada de lo que le interesaba. Salió, y estuvo examinando el suelo frente a la cabaña. Vio la marca dejada por un cuerpo al ser arrastrado, y poco después veía el pico y la pala que Procopio había utilizado para empezar a cavar la fosa para Álvaro.

Durante veinte minutos, se dedicó a cavar un hondo foso en la tierra esponjosa, mientras los nubarrones se iban espesando. Empezaron a brillar algunos relámpagos, y a su luz podía verse el tenso rostro del joven general, cavando con energía…

Cuando los cadáveres de Borjas y Procopio estaban ya colocados en la tumba, tocándose, ya desatados, empezaron a caer las primeras gotas, lentamente. Unas gotas enormes, cálidas, que fueron espesándose rápidamente, hasta convertirse en una lluvia torrencial, bajo la cual el general Diosdado Martínez continuó impertérrito su labor, echando la tierra, ya casi barro, encima de los dos cadáveres.

Diez minutos después, completamente empapado, entraba en su vehículo de matrícula militar, cogía la guerrera, que había dejado sobre la gorra, y se secaba las manos y la cabeza.

Después, encendió el motor del auto, crispado duramente el viril rostro.

—No —musitó—. No me esperes, Brigitte Montfort… Tendré toda la paciencia del mundo; no caeré en tu trampa… Serás tú quien caerá en la mía, te lo juro.

* * *

Era casi la una de la madrugada cuando detenía el auto en el patio de su pequeña villa. La lluvia era intensísima, y el cielo estaba lleno de relámpagos, y parecía ir a partirse en pedazos de un momento a otro debido al crujido espantoso de los incesantes truenos.

Diosdado salió del coche, corrió hacia el porche, y se detuvo allí, buscando la llave en el bolsillo. Abrió la puerta, entró, cerró, y se dirigió directamente al dormitorio. Tiró la guerrera y la gorra sobre el sillón, todavía sin encender la luz. Luego, se acercó a la ventana, a través de cuyos cristales se veía la intensa tormenta; sus botas mojadas crujían sonoramente. Se las quitó, se quitó el cinturón con la funda y el revólver, y quedó pensativo…

—¿Algo no va bien, general? —oyó la voz.

Diosdado Martínez lanzó un irreprimible grito de sobresalto, volviéndose en dirección a su propio lecho. Por un instante, pareció incapaz de reaccionar, pero enseguida alzó el cinturón, desabrochó la funda y sacó rápidamente el revólver, apuntando hacia la cama.

—No se mueva… —masculló—. La estoy apuntando.

Fue al interruptor y dio la luz. Efectivamente, era Brigitte Montfort. Llevaba unos pantalones largos, negros, y un jersey también negro, muy fino, que marcaba airosamente su magnífico busto erguido. Estaba sentada en la cama, piernas cruzadas, la espalda apoyada en la cabecera. En su mano derecha tenía una diminuta pistolita que brillaba fríamente.

—Como ve —sonrió la espía—, yo también le estoy apuntando, general Martínez.

—¿Qué hace aquí? —se entornaron peligrosamente los ojos de Diosdado—. ¿Cómo ha entrado?

—Oh, por favor, esa es una pregunta que no se le hace a ningún espía, general. Es evidente que entré utilizando una de mis ganzúas. ¿Qué hago aquí? Pues también es evidente: esperarle. Opino que

hay pendiente una interesante conversación… ¿Ha visto a sus amigos?

Pareció que de los ojos de Martínez brotase un auténtico relámpago.

—Los he visto —admitió sordamente.

—Bien… Le habrán agradecido mucho que los desatara. Con una tormenta así, y en una cabaña con el techo lleno de agujeros, no habría sido agradable pasar la noche allí.

—¿Cree necesaria la ironía?

Baby Montfort alzó las cejas, sorprendida.

—Estoy hablando en serio —aseguró—. ¿Sobre qué podría ironizar?

—Sabe muy bien a qué me refiero. No creo que a Borjas y a Procopio les preocupase mucho el tiempo.

—Depende de lo acostumbrados que estuviesen a… —De pronto, Brigitte dejó de hablar, parpadeo un par de veces…, y se quedó mirando expectante a Martínez—. ¿Los encontró muertos?

—No me diga que le sorprende la noticia.

—Pues… No. —Brigitte se mordió los labios—. No me sorprende. Quizá debí prevenir eso…

—¿De qué está hablando? ¿Qué debió prevenir?

—Que podrían matarlos.

Una dura mueca, que quería parecer sonrisa, apareció en los labios de Diosdado Martínez.

—¿Va a decirme que no fue usted?

—Por supuesto que no fui yo, general. ¿Por quién me toma? Eran dos pobres diablos… que me resultaron simpáticos. Los dejé bien amarrados y planeé toda la mentira que les conté a ustedes antes… Quería saber para quién trabajaban…, y lo supe muy pronto.

—¿Cuándo? ¿Cómo lo supo?

—Poco después de conocerlo a usted. Cuando no se recató en demostrar su desagrado hacia Álvaro e incluso comentó que hacía tiempo que no se fiaba de él. Oído esto, y sabiendo que Borjas y Procopio consideraban a Álvaro un traidor porque lo había dicho su «jefe», comprendí que el jefe de ellos dos era usted.

—Demasiado sencillo, ¿no cree?

—Ustedes, los de Maya Caribe, son así de sencillos. Pero,

además, quise asegurarme. Le diré cómo: clavé un pequeño alfiler dentro de su gorra; la cabeza de ese alfiler es un diminuto emisor, cuya señal recoge este receptor —Brigitte lo mostró, poniéndolo en marcha, y en el acto se oyó un debilísimo «bip-bip-bip-bip»—. Poco después de marcharse usted de mi villa, yo vine hacia aquí, ya que conozco su domicilio, igual que los de Esteban Sorolla y Mercedes Alba…

—¿Se lo dijo Amadeo?

—Por supuesto. Antes de venir a Maya Caribe, yo le hice muchas preguntas a Amadeo, general. ¿No creerá usted que una espía se desplaza a un lugar desconocido a la buena de Dios? Y cuando se le mencionan determinados personajes interesantes, es lógico que se interese por ellos. Sé todo sobre usted.

—Amadeo habla demasiado.

—Solo bajo expertas preguntas —sonrió Brigitte—. Además, si él no hubiera querido asesorarme convenientemente, yo no habría aceptado venir a Maya Caribe. Mmm… Como le decía, poco después de marcharse usted de mi villa, yo vine a la suya. Usted había dicho que quería retirarse a descansar, pero mi receptor de señales indicaba que usted no estaba en la casa, ni a menos de una milla de ella. Fue el último detalle que me hizo comprender quién era el «jefe» de Borjas y Procopio. De modo que decidí esperarle.

—¿Sabiendo que yo iba a libertarlos? ¿No quiso impedirlo?

—¿Para qué? Me fueron simpáticos, y, sin ánimo de ofenderlos, le diré que no eran enemigos para mí. Me pareció mejor que usted los libertara… y esperar su próxima jugada. Pero ahora estoy… un poco desconcertada, ya que parece que alguien más interviene en esto… ¿Cómo los mataron?

—De tres balazos en el pecho. Sin desatarlos, sin darles la menor oportunidad.

—Lamentable —musitó Brigitte—. Pero ese es un final que no debe sorprender a ningún espía, general Martínez. Buscaremos a quienes hicieron eso.

—Usted está mintiendo… Fue usted quien los mató.

—No diga tonterías. Y guarde ese revólver… ¿No comprende que si hubiera querido matarlo ya sería usted cadáver? Y quítese esas ropas y póngase algo seco.

Diosdado Martínez ladeó la cabeza, y una vez más sus ojos se

entornaron con desconfianza. Brigitte suspiró, resignada. Saltó de la cama, se inclinó, y sacó de debajo su maletín. Metió dentro el receptor de señales y la pistolita, y se quedó mirando a Martínez.

—¿Me permite su gorra, general? Quisiera recuperar la aguja. Martínez no se movió, y *Baby*, de nuevo suspirando con cómica resignación, fue ella a por la gorra, quitó el alfiler del forro lateral, lo mostró a Diosdado, y luego lo guardó en el maletín.

Por fin, se quedó mirando amablemente al militar, casi aflorando a sus labios una sonrisa.

—Estoy en sus manos —dijo—. Por favor, procure no salpicarme demasiado de sangre. Es de mal gusto.

Diosdado soltó un gruñido, guardó el revólver, tiró el cinto a un rincón y fue hacia el armario. Sacó un pijama, se metió en el cuarto de baño y salió un minuto después, con aquel ya puesto. Brigitte estaba sentada en el borde de la cama, fumando pensativamente. Alzó la cabeza, sonrió y señaló con un dedito a su lado. Diosdado se sentó, y aceptó el cigarrillo que le ofrecía la espía.

—Está bien… —musitó—. Usted no los mató. ¿Quién fue, entonces?

—Ya lo averiguaremos. Ahora, general, dígame por qué no quería que yo interviniera.

—No quiero que ese tesoro maya sea entregado.

—¿Ni a cambio de la vida de Carlos Terranova?

—Esa vida no vale nada. Carlos Terranova estará mejor muerto que vivo. Si lo matan, todos saldremos beneficiados. Incluso Amadeo.

—¿Por qué?

—Porque, tarde o temprano, se casaría son Mercedes. Pero no es así de fría y egoísta la cosa. Ocurre que Carlos Terranova es un granuja, un canallita, un vividor… El más perfecto inútil, gandul y buscador de placeres que jamás haya existido en Maya Caribe.

—¿No es una descripción muy… dura, general?

—Creo que me quedo corto. Ese muchacho no sirve para nada… Solamente para buscar disgustos a Amadeo. Pierde dinero en el juego, molesta a las mujeres, se emborracha, se aburre… Ofende con su mirada a los que trabajamos, a los que luchamos por la patria. Se ríe de los que nos tomamos en serio la vida. Es una carga para todos… Naturalmente, habrá comprendido que si lo

soportamos en Maya Caribe es por Amadeo. Él lo sabe, y se ríe de nosotros. Incluso de Amadeo… Es un canalla miserable que hace daño a todo el que se le acerca. No vale nada. Nada.

—Bien… En ese caso, quizá sería mejor dejar que lo mataran, y no entregar el tesoro maya.

—Así pienso yo. Pero si le digo esto a Amadeo, es capaz de expulsarme del Ejército, a pesar de ser amigos desde que nacimos. Yo podría levantar en armas al Ejército, pero no quiero eso. Quiero que todo siga en paz, y, sobre todo, quiero que Amadeo siga gobernando en Maya Caribe. Jamás hubo nadie mejor que él para hacerse cargo del país. Bajo su mando, sé que mi patria prosperará rápidamente…

—Sobre todo, con el tesoro maya.

—Desde luego, sería una magnífica ayuda.

—Y, por tanto, usted no quiere que sea entregado como rescate de Carlos Terranova.

—Exacto. Por eso envié a Borjas y Procopio a buscarla. Quería retenerla en aquella cabaña hasta que todo hubiera terminado.

—¿No comprende que Amadeo habría entregado el tesoro maya aunque yo no hubiera llegado?

—Quizá no. Yo lo estaba… convenciendo. Pero estando usted, él creerá que puede entregarlo con tranquilidad, ya que usted lo recuperará. En cambio, si usted no hubiera llegado, él habría temido que si entregaba el tesoro jamás podría recuperarlo, y quizás hubiera decidido no entregarlo. Aunque lo dudo… El muy tonto quiere a su hermano con toda su alma. Sería capaz de cualquier cosa por él.

—Entonces, dudo que podamos hacerle desistir de entregar ese tesoro maya. Bien… ¿Cree que la muerte de Álvaro está… justificada, general?

—Estoy seguro de que era un traidor. Igual que otros… Están esperando el pretexto para armar su revolución.

—Y ese pretexto podría ser la entrega del tesoro maya, que se supone debe formar parte del patrimonio nacional… ¿No es así?

—Sí. En cuanto Amadeo entregue ese tesoro, temo que habrá una revolución en Maya Caribe. Álvaro estaba de parte de ellos… Los conozco a casi todos: Luis Estrada, secretario de Finanzas; Juan López, ministro del Exterior; Marcos Ruiz, ministro del Ejército… Y

tengo mis sospechas sobre Esteban Sorolla.

—Oh, vamos, general…

—Hace tiempo que Borjas y Procopio trabajaban para mí como… informadores. Y tengo más, de ese mismo estilo, que me informan de todo lo que oyen y ven…

—Debería enviarlos a una escuela de espionaje —sonrió Brigitte divertida—. O procurarles unos cursos por correspondencia. En mi país, hay niños que serían mejores espías que Borjas y Procopio.

—Este no es su país —masculló Diosdado.

—Pero, a pesar de eso, no quiero revoluciones, ni muertes —dijo fríamente la espía—. Ni en este país, ni en ninguno. Y no sucederá mientras yo esté en Maya Caribe.

Diosdado Martínez se quedó mirándola con expresión divertida.

—Si se deciden a organizar la revolución, me gustaría ver cómo podría evitarlo usted.

—Estudiaremos eso más adelante. Ahora, acabemos de aclarar el asunto de Borjas y Procopio. Según deduzco, fueron asesinados por alguien que está de parte de la revolución. Me parece que si yo no hubiera escapado de Procopio y de Borjas por mis propios medios, me habrían ayudado a escapar, ya que quieren que yo proporcione a Amadeo la suficiente confianza para entregar el tesoro maya. Seguramente, no pudieron impedir que Procopio y Borjas matasen a Álvaro, pero los vigilaban de cerca, dispuestos a vengar a Álvaro y a dejarme libre… Yo me las arreglé sola… Y cuando me fui, los amantes de la revolución mataron a Borjas y Procopio. ¿Está de acuerdo?

Diosdado frunció el ceño.

—Claro… —masculló.

—Magnífico. Ahora, lo que haremos será dedicarnos a vigilar a esos… revolucionarios, mientras esperamos instrucciones sobre el modo de entregar el tesoro maya… Hay algo que no entiendo, general: si todo el mundo quiere a Amadeo Terranova en Maya Caribe, ¿por qué esa revolución? Entiendo que el hombre más capacitado para sacar adelante el país con o sin el tesoro maya es Amadeo Terranova… ¿Por qué derrocarlo, entonces?

—Porque piensa reivindicar a los miles de mayas ciertas zonas del país que hasta ahora están explotando unos cuantos… privilegiados.

—Oh… Bien, bien… Todo esto será más complicado de lo que Amadeo Terranova me dejó entender, general.

—Amadeo no sabe nada.

—¿Y por qué no se lo dice usted?

—Se lo diré cuando haya solucionado lo de su hermano. Hasta entonces, no estará en condiciones de escucharme con su inteligencia habitual.

—Entiendo. Y ahora, general, aclaremos una cosa: ¿está usted contra mí o a favor mío?

—Usted no ha entendido…

—Lo he entendido todo muy bien. Carlos Terranova es un canalla inútil que mejor estaría muerto. *Okay*. No se lo voy a discutir. Pero un amigo me pidió un favor, y yo voy a complacerlo, ayudando a Amadeo a entregar ese tesoro a fin de que recupere a su hermano. Conseguido esto, le garantizo que recuperaré el tesoro maya poco después.

—Tiene usted demasiada confianza en sí misma. No cuente conmigo.

—¿Enemigos, entonces? —sonrió Brigitte.

—Así lo quiere usted.

—De acuerdo —suspiró Brigitte—: yo quiero entregar el tesoro maya, y usted quiere impedir que lo entregue. Veremos quién vence, general. Pero me atreveré a hacerle una última sugerencia: ¿por qué no deja usted en mis manos el asunto del tesoro maya, y se ocupa exclusivamente de vigilar esa revolución?

Diosdado Martínez frunció el ceño, primero. Luego, pareció no poco perplejo, casi sobresaltado. Estuvo unos segundos mirando a Brigitte, parpadeando rápidamente.

—No va a convencerme —musitó.

—Lo siento por usted, general —sonrió la espía—. Que descanse.

—¿Se va…? Está lloviendo mucho, y…

—Tengo el coche cerca de aquí, y no me asusta mojarme. ¿Quizá tenía la esperanza de que pasara la noche con usted?

—Tengo cosas más importantes en las que pensar —gruñó él.

—Pues que le aprovechen —rio la espía—. Hasta mañana…, antipático enemigo.

Capítulo V

Le habían dicho que al día siguiente le enviarían los componentes del servicio doméstico de la villa, pero lo cierto fue que ni siquiera tuvo tiempo de conocer a esos personajes secundarios. Apenas a las ocho de la mañana, unas insistentes, exigentes llamadas a la puerta, la sacaron del lecho. Se puso un ligerísimo salto de cama, a toda prisa, y corrió fuera del dormitorio; cruzó el simpático saloncito donde se había desarrollado la entrevista la noche anterior, y, tras colocar en el hueco de su mano izquierda la pistolita de cachas de madreperla, abrió la puerta, colocándose inmediatamente a un lado.

El primero en entrar fue Amadeo Terranova, abierta la boca, dispuesto a hablar, pero enmudecido al no ver a nadie donde él esperaba. Para cuando volvió la cabeza hacia donde se encontraba Brigitte, ya habían entrado también Esteban Sorolla, Mercedes Alba y Diosdado Martínez; los dos primeros, con expresión ansiosa; fría la expresión del joven militar de máxima graduación.

—Eeee… Señorita Montfort, ¡tenemos las condiciones! —exclamó Amadeo.

—¿Hay café en la cocina? —preguntó Brigitte.

—Sí. Hay un armarito con todo lo que… Oh, por favor, le estoy diciendo que…

—Lo he entendido bien, señor Terranova… ¿Quiere cerrar la puerta, general?

Martínez cerró la puerta, y se quedó mirando hoscamente a la espía profesional con la cual había firmado horas antes un pacto de enemistad.

—Señorita Montfort —musitó Terranova—: esta mañana hemos encontrado un sobre en la recepción de correspondencia de la Casa Presidencial…

—Eso significa que los raptores de su hermano madrugan mucho… o trasnochan mucho. ¿Cómo se les ocurrió mirar tan

temprano en la recepción de correspondencia?

—Ya se nos indicó ese detalle…

—Ah. ¿La carta ha llegado por línea regular del Correo Nacional de Maya Caribe?

—Pues… No. No, desde luego…

—Eso quiere decir que la carta fue dejada allí por alguien directamente interesado en el asunto. Imagino, señor Terranova, que ese buzón receptor estaría debidamente vigilado.

—No… No, no…

—Tremendo, desconsolador… e infantil error.

—Sí. Bueno, sí, desde luego… Yo no…

—¿Puedo ver la carta?

El entusiasmo de todos parecía haber recibido un duro golpe. La excitación desapareció, o, más bien, quedó congelada por la frialdad de la espía profesional, que cogió el sobre que le tendía Amadeo Terranova, lo miró por todos lados, y, por fin, introdujo dos deditos por la abertura superior, ya practicada por Terranova, sin duda. Sacó el pliego de papel, lo desdobló y alzó las cejas, en un gesto impertinente de extrañeza.

—Esto es un mapa… Oh, veo ahora la explicación… Mmm… ¿Puedo leerla en voz alta, señor Terranova?

—Sí, sí… ¡Desde luego!

—Bien…

«Señor Terranova, le adjuntamos el mapa de la parte norte de la costa del país. Observe la línea de puntos que indica el itinerario que deberá seguir el portador del tesoro maya. Comprendiendo el peso de ese tesoro, se autoriza la presencia máxima de tres o cuatro personas, que lo transportarán hasta el lugar marcado con una X. Allá, deberán entregarlo. Veinticuatro horas más tarde, su hermano, el señor Carlos Terranova, será devuelto a ciudad Maya Caribe sano y salvo. Cualquier sospecha por nuestra parte de que la entrega no será realizada en las condiciones establecidas, dará lugar a la muerte inmediata de su hermano. Repetimos: tres o cuatro personas como máximo, que irán a pie y transportando el tesoro maya».

—Bien… No indica la fecha, ni siquiera la hora de la entrega.

—Se supone que debemos ponernos en movimiento inmediatamente, ¿no es así? —musitó Sorolla.

—Seguramente. Eso implica una vigilancia constante de esa zona por parte de los raptores de Carlos Terranova. Ignoro la escala de este mapa… ¿Cuál es la distancia a recorrer?

—Unos veinte kilómetros después de pasado Monte Atitcla. Hasta allá se puede llegar en *jeep*. Diosdado nos proporcionará uno del Ejército… ¿Está lista para partir?

—No, señor. Primero, tomaré café. Además, antes de salir hacia el lugar que indica el mapa, quiero uno de todo el país… No. Todavía me parecería mejor tener uno detallado, a gran escala, de ese lugar de la costa… ¿Disponemos de él?

—Sí… Por supuesto, sí…

—¿También nos lo proporcionará el general Martínez?

—Yo lo haré —dijo Sorolla—. Puedo ir ahora mismo a Cartografía, y tomar uno de allí.

—Magnífico, señor Sorolla. Tenemos ya el *jeep*, el mapa… Nos falta el botiquín…

—¿Para qué se necesita un botiquín? —murmuró Terranova.

—Nunca se sabe. Pero, por ejemplo, si hay pelea, es posible que de ese botiquín dependa la vida de alguno de los componentes de la expedición de entrega. Por otra parte, y es el detalle más importante, tengo la plena seguridad de que su hermano, señor Terranova, ha estado todos estos días prisionero en la selva… Es más que posible que precise una atención muy delicada. A menos que su hermano esté acostumbrado a la selva y a…

—No… —Amadeo se mordió los labios—. Carlos no está acostumbrado a nada de eso…

—¡Yo iré a por el botiquín! —se ofreció impetuosamente Mercedes Alba.

—Todo completo, entonces —sonrió la espía—. Mientras el señor Terranova y yo tomamos café, ustedes vayan a buscar todo eso. Y, por favor, tengan presente que el tiempo es oro… ¿Prepara usted el café mientras yo me visto, señor Terranova?

—Sí, con gusto…

Brigitte asintió con la cabeza y regresó al dormitorio, mientras los demás salían a toda prisa de la casa, dispuestos a cumplir cada uno su cometido.

El jefe de Estado de Maya Caribe se dirigió al suyo, esto es, preparar café para una espía internacional… Estaba empezando a buscar el café, no poco desorientado, cuando *Baby* Montfort apareció en la cocina, obligando a Terranova a respingar ante una rapidez jamás vista en el arte de vestirse con unos *shorts* dorados y una blusita de color champaña, esto es, casi idénticos los colores. Unas deliciosas botas de medio tacón, de tono verduzco, y una gorrita que parecía de jugadora de béisbol completaban el atuendo de *Baby*.

—¿Listo? —sonrió ella, maletín en mano.

—Oh, no… Ni siquiera he encontrado todavía el café. Sé que tiene que estar por aquí, pero…

—Querido Amadeo —ensanchó su sonrisa la divina espía—: le pregunto si está listo para partir.

—¿Pa-pa-para par… partir…? Pero los demás…

—Olvide a los demás.

—Pero… pero…

—Tengo el coche ahí fuera. Deje esa tontería del café, vamos a él, y larguémonos.

—Pero los demás…

—¿Le importan los demás o su hermano?

—Bueno… Mi hermano, pero…

Brigitte lo asió de un brazo, y tiró de él hacia fuera de la villa. Cuando Amadeo Terranova quiso darse cuenta, el coche estaba ya lejos de la casa, y la preciosa muñequita de ojos azules le miraba irónicamente de reojo, con un cigarrillo entre los labios.

—En primer lugar, vamos a buscar el tesoro maya. Luego, veremos si es conveniente seguir la ruta marcada. ¿Quiere conducir usted, o prefiere ir dándome indicaciones?

—Si… si le parece, yo… yo conduciré…

—Bien.

Brigitte detuvo el auto, se apeó, dio la vuelta al coche, abrió la otra portezuela, y se quedó mirando al petrificado Terranova.

—Si no me deja sitio, tendré que ir corriendo detrás del coche.

—Oh… ¡Oh, perdone…! Disculpe, estoy tan…

—Póngase al volante.

Amadeo Terranova se encontró al volante del auto que había puesto la noche anterior a disposición de la espía, o sea, el mismo

que la había estado esperando en el aeropuerto. Brigitte se sentó a su lado y suspiró con infinita paciencia.

—¿Salimos hoy o mañana, Amadeo?

—Mmm… Hoy… ¡Hoy!

* * *

Tres horas más tarde, el auto se detenía en un diminuto claro de la selva. Amadeo Terranova fue el primero en apearse, sudoroso, enrojecido el rostro por el sofoco que producía el ardiente sol. La tormenta de la noche era ya un lejano recuerdo, y el calor tropical había evaporado hasta la última gota de agua.

Apenas había salido del auto, media docena de indios aparecieron rodeándolo, silenciosos. Dos de ellos se adelantaron confiadamente al encuentro de Terranova, pero se detuvieron en seco al ver salir del coche a la mujer, que alzó la mano derecha, sonriente, en jovial saludo.

—Ella es amiga —se apresuró a explicar Terranova, en español—. Viene de los Estados Unidos, y tendrá que decidir cuánto vale nuestro tesoro maya. Me ha asegurado que pagará no menos de doce millones de dólares. La espera ha terminado.

Los dos indios acabaron de acercarse a Terranova, y aceptaron la mano que este les tendía. Dijeron algo en maya, y Terranova les contestó en el mismo idioma. Estuvieron conversando animadamente no menos de tres minutos, sin que Brigitte pudiera entender una sola palabra.

Por fin, Terranova se volvió hacia la espía.

—Traerán ahora el tesoro. Ellos son —señaló a los dos mayas más altos y apuestos, con mirada de águila— Motola y Cotilán. Ya le hablé de que vinieron a ofrecerme el tesoro maya…

—Lo recuerdo, por supuesto. ¿Hablan español?

—Ellos, sí. Y unos pocos más. Dentro de pocos años todos los indios de Maya Caribe hablarán el español, y muchos sabrán leerlo y escribirlo. Diez años… Diez años solamente, y Maya Caribe habrá cambiado.

—Amén… —sonrió Brigitte—. ¿Qué tal, Motola y Cotilán?

Tendió su mano. Los dos mayas la miraron, y tras una vacilación y un cambio de miradas, aceptaron el contacto con aquella mujer

que se hacía entender por ellos, en un nítido español.

Cotilán, que fue el último en estrujar su mano, clavó en los azules ojos su negrísima mirada de águila vigilante.

—Tú comprarás tesoro maya por mucho dinero. No poco, sí mucho. Estados Unidos, mucho dinero, muchos dólares. Pagar mucho, pronto. Mayas querer ayudar a Amadeo. No más indios salvajes: sí indios ciudadanos. Tú comprar tesoro maya.

Brigitte estuvo a punto de sonreír. Por un instante, tuvo la sensación de estar viviendo una película de indios, de las clásicas del Far West.

Solo que aquellos indios mayas parecían tener un color más dorado, unos rasgos más nobles y finos, una mirada más viva y astuta. Y una mansedumbre que no la convenció en absoluto.

—Traed el tesoro maya —dijo—. Y yo diré lo que puedo pagar.

Cotilán y Motola asintieron con la cabeza, y se volvieron hacia los demás mayas. Todos ellos llevaban pantalones largos y camisas blancas, muy viejas y sucias; largos cabellos, machetes, pies descalzos. En menos de cinco segundos desaparecieron en la selva.

Brigitte se volvió entonces hacia Terranova, y musitó:

—¿Saben ellos que los estamos engañando?

—No…

—¿No les ha dicho la verdad? Entonces, ¿qué han estado hablando antes en maya?

—Les decía que tendríamos que llevar el tesoro lejos de ciudad Maya Caribe, y que usted se haría cargo de él, que era de confianza, y que pagaría mejor que nadie.

—Amadeo, ¿está seguro de que quiere engañar a estos indios?

—Lo… lo lamento de todo corazón, señorita Montfort, se lo juro… ¿Qué haría usted en mi lugar?

—No lo sé —admitió Brigitte—. De veras que no lo sé, Amadeo. Quizás… haría lo mismo. Cuando solo se tiene un hermano, creo que todo el dinero es poco para conservarlo. Pero… No sé…

—Aunque entregue su tesoro, ellos contarán a partir de ahora mismo con mi ayuda, para todo cuanto necesiten. No importará nada: de un modo u otro, yo haré todo lo que se pueda hacer por ellos. En realidad, los beneficios que recibirán serán los mismos que si ese dinero se emplease en lo que yo tenía pensado.

—Bien… Al menos es usted un hombre con respeto humano.

Supongo que eso es lo que lo hace tan estimable en Maya Caribe.

—También dicen que soy inteligente —sonrió Amadeo Terranova, tristemente, como burlándose de sí mismo.

Brigitte le cogió una mano, sonriendo dulcemente.

—No se culpe por tener sentimientos humanos, Amadeo. Además, hay que tener en cuenta que se trata de la vida de su hermano.

Terranova se quedó mirándola con fijeza.

—Nataniel tenía razón —musitó—. Usted parece una persona… excepcional.

—Y usted también —rio ella—. ¿Quiere un cigarrillo? Supongo que tendremos que esperar algún tiempo a nuestros amigos mayas.

* * *

Ni siquiera llegó a una hora. Los mayas aparecieron de pronto, en silencio. Los primeros fueron Motola y Cotilán; detrás, dos hercúleos mayas transportando un gran cofre; luego, el resto, formando un semicírculo detrás de los cuatro primeros.

Dejaron ante Brigitte y Amadeo Terranova el gran cofre, todavía cerrado. Brigitte cogió una de las manillas y tiró hacia arriba… Resopló graciosamente, calculando que el peso no podía ser inferior a las ciento veinte libras. Luego, lo abrió, y se quedó mirando el contenido, que centelleó cegadoramente a la luz del sol: objetos de oro, pero no en demasiada abundancia. Lo que más había eran esmeraldas y perlas… Todo ello, formando objetos artísticos del más genuino arte maya.

Brigitte se quedó mirando a Terranova con el ceño fruncido.

—En verdad magnífico, Amadeo… Pero usted sabe que, intrínsecamente, esto no vale diez millones de dólares. ¿O no lo sabe?

—Ya le dije… le dije que vendido como objetos de arte…

—Alcanzarán mucho más valor, sin duda. Pero no le garantizo que logremos los diez millones. Además, colocar todo esto requerirá no poco tiempo.

—Bueno… Me pareció…

—Le pareció mucho más sencillo, supongo. Y no lo es tanto… Sin embargo, tengo muchos amigos de toda clase, en Estados

Unidos y en todo el mundo. Haremos todo lo posible por conseguir los diez millones. Eso, suponiendo que podamos recuperar el tesoro después de entregado.

—Yo confío en usted, señorita Montfort.

—Por supuesto. Esto es… fantástico. ¿Cuántos años calcula usted que sus mayas han estado teniendo oculto este tesoro?

—No sé… Mil años, quinientos… No lo sé.

Brigitte metió la mano entre el oro, las esmeraldas, las perlas…

—Increíble —susurró—. Del todo increíble… Si cuento esto a mis amigos, no querrán creerlo… hasta que lo vean. Nadie cree ya en los tesoros mayas…, ni de ninguna otra clase.

—Bueno… Aquí tenemos uno, ¿no?

—Sí… Sí, desde luego. Aquí tenemos uno… Vamos a ponernos en marcha inmediatamente.

—¿Qué les digo a los mayas?

—Mmm… Motola y Cotilán vendrán con nosotros. Los necesitaré. Los demás, tendrán que quedarse… y esperar. Dígales que pongan el cofre en el portaequipajes.

La espía abrió el compartimiento, y los dos mayas colocaron allá el cofre. Luego, siguiendo sus indicaciones. Motola y Cotilán pasaron al asiento de atrás, ella tomó el volante, y Terranova se sentó a su lado. Brigitte saludó con la mano a los mayas que quedaban en la selva, y puso el coche en marcha, mirando por el retrovisor a los dos que llevaban dentro del coche, silenciosos, fijas en ella sus negras miradas, asomando en su cintura los mangos de los enormes machetes.

—Nos vamos —musitó.

* * *

Hacia las tres de la tarde, detenía el coche a menos de una milla de ciudad Maya Caribe, y se volvió hacía Terranova.

—Usted se apea aquí, Amadeo.

—¿Qué…? —exclamó Terranova.

—¿Alguna vez ha manejado una radio de bolsillo? —sonrió—. Una radio de espía, quiero decir.

—No…

—Es simple. —Brigitte abrió su maletín, mostró un paquete de

cigarrillos al desconcertado Terranova, y lo apretó—. ¿Oye usted ese zumbido?

—Sí… Pero no sé dónde…

—En mi maletín —sonrió la espía, sacando la pareja de su equipo personal de comunicaciones—. Salgamos del coche. Se pondrá a cincuenta o sesenta yardas de mí, y haremos un par de pruebas después de que le explique cómo funciona y lo que quiero que usted haga. Salga.

Salieron del coche los dos. Amadeo se alejó, seguido por la mirada de los dos mayas. Motola dijo algo, y Cotilán replicó, en maya, por supuesto, señalando hacia Amadeo. Los dos pegaron sus rostros a la ventanilla, observando las maniobras de aquella hermosa mujer y del hombre al que admiraban y respetaban. Los vieron hablar con aquellos paquetes de cigarrillos, alejándose uno de otro. Luego, se reunieron, y estuvieron hablando unos minutos. Por fin, regresaron al coche.

Amadeo Terranova abrió la portezuela de atrás y se los quedó mirando.

—¿Tenéis confianza en mí? ¿Mucha confianza? —murmuró.

Motola y Cotilán asintieron con la cabeza, desviando la mirada un instante hacia la mujer.

—Bien. —Terranova la señaló—. Yo voy a quedarme aquí. Ella irá con vosotros, y os dirá siempre lo que tenéis que hacer. Hacedlo, sea lo que sea. Cualquier cosa que ella os diga, sea lo que sea, obedecedla como si fuese yo mismo quien estuviera hablando. Y, muy pronto, yo os prometo que los mayas tendréis todo lo que habéis pedido… ¿Me habéis comprendido bien?

Los mayas volvieron a asentir. Amadeo tendió su mano, apretando con fuerza las dos cobrizas, fuertes, notablemente más grandes que la suya.

—Buena suerte, mayas.

Capítulo VI

Efectivamente, el coche solamente pudo llegar hasta el Monte Atitcla, después de haber recorrido no menos de un par de millas de camino dificilísimo; quizás un *jeep* hubiera podido seguir adelante una milla más, pero teniendo en cuenta el resto de la distancia a recorrer a pie, poco importaba aquella diferencia de una milla.

Brigitte abrió el compartimiento de equipajes, y señaló el pesado cofre.

—Tenemos que seguir a pie cinco, o seis horas —explicó en español—. ¿Podréis llevar el cofre todo ese tiempo?

Los mayas no contestaron. Cortaron una rama delgada y flexible, pero fortísima, que pasaron por las asas del cofre. Luego, lo alzaron entre los dos, y se quedaron mirando a la espía, que sonrió.

—Muy bien. Adelante. Caminaremos mientras haya sol… ¿Tenéis hambre?

Los dos mayas encogieron los hombros, y Brigitte torció el gesto.

—Os envidio, queridos. Yo tendría que comer algo… En marcha.

Ella se puso en cabeza. La selva era espesa, pero, afortunadamente, no tanto que requiriera el uso del machete para ir abriendo camino. Llevaban apenas media hora de camino cuando Cotilán apareció junto a ella, tendiéndole dos enormes frutos, del tamaño de unas piñas.

—Come.

Brigitte se apresuró a coger los frutos, lanzando un delicioso gritito de alegría… Y se quedó mirándolos, sin saber por dónde empezar. Cotilán sacó su machete, cortó la corona superior del fruto, y luego, tras hacer una incisión vertical, abrió la piel, de un cuarto de pulgada de grosor, mostrando la jugosa pulpa amarillenta, fresca. Brigitte cortó un trozo, la probó, puso los ojos en blanco, y exclamó:

—¡Mmmm…! ¿Qué es?

—Copocochitla.

—Copopoco… Ah, muy bien. Muy rica, Cotilán. Gracias.

Los dos frutos calmaron su apetito y aliviaron del todo la sed, cosas ambas muy convenientes, ya que la marcha era cada vez más dura y difícil. Con frecuencia, la espía echaba un vistazo al mapa que había recibido Terranova, asegurándose de la fidelidad de su rumbo por medio de la pequeña brújula.

Al anochecer, desalentada, comprobó que le quedaban no menos de cuatro millas de camino para llegar al lugar marcado con una X. Miró a los mayas, que soportaban impávidos la marcha, pese a la molestia y peso del cofre que transportaban.

Alzó una mano y se dejó caer al suelo, derrengada.

—Lo siento —murmuró—. Tengo que descansar.

Los mayas dejaron el cofre. Motola desapareció, y reapareció diez minutos más tarde con más frutos, que dejó ante Brigitte. Ella se las arregló para abrirlos por su cuenta, mientras los indios comían chupando ruidosamente la fruta. Ya casi no se oían los gritos enervantes de los pajarracos de la selva, y en el cielo brillaban algunas estrellas. La noche llega muy rápida en el trópico, y Brigitte comprendió que en menos de diez minutos la oscuridad sería total.

Encendió un cigarrillo, y quedó pensativa, contemplando el humo.

Por supuesto, todo aquello sería absurdo si quien esperaba recibir el tesoro maya no contaba con un vehículo apropiado para alejarse rápidamente del lugar de la entrega. Pero aquel lugar, a juzgar por el mapa y por lo que veía a su alrededor hasta mucho más allá de cuatro millas, era selva. Todo selva. Por tanto, el único vehículo que…

Se dio cuenta, de pronto, de que Motola y Cotilán miraban como hipnotizados su cigarrillo. Simuló no darse cuenta… Y unos segundos después, como distraída, tiraba el paquete hacia Cotilán.

—Fumad, si os gusta.

Los gruesos dedos de los mayas sacaron a toda prisa los cigarrillos, se los pusieron en los labios y se quedaron mirándola. Brigitte les ofreció la llamita de su encendedor, y poco después los indios fumaban a una velocidad tal, con tan profundas fumadas, que los cigarrillos apenas les duraron un minuto. Ni un segundo

más. Brigitte señaló el paquete…, y se quedó sin dos cigarrillos más, que fueron encendidos con las colillas. Ahora, los mayas fumaron más pausadamente, mirando a la espía con una expresión que ella interpretó como sonrisa.

—Dormiremos —dijo ella, casi bostezando—. Saldremos en cuanto amanezca, y espero llegar allá en menos de dos horas.

* * *

Fueron tres horas. Tres horas después del luminoso y veloz amanecer, la espía internacional y los dos indios mayas llegaban al lugar marcado con la X. No podía fallar: se veía el estrecho arroyo, que discurría casi oculto por la vegetación de sus orillas. Un centenar de yardas más allá, se juntaba con otro, y esa fue la señal definitiva.

Hizo una seña, y los dos mayas dejaron el cofre y se sentaron en la tierra, a ambos lados. Brigitte se acercó, abrió el cofre, y se quedó mirando su contenido. Bien… Como objetos artísticos quizá sí pudieran valer diez millones de dólares. Sería una lástima no poder recuperarlo.

Abrió el maletín, sacó uno de los alfileres de cabeza emisora de señales, y lo dejó caer en el cofre, ante la expectación de los mayas.

Les ofreció cigarrillos, encendió uno para sí, tras comprobar que le quedaban cuatro en aquel paquete y todavía otro paquete entero, y se resignó a esperar.

—El tabaco es bueno —dijo Motola, de pronto. Brigitte lo miró amablemente.

—No demasiado, Motola. Hay quien dice que provoca el cáncer.

—¿Qué es cáncer?

—Pues es… Bueno, espero que Amadeo os ayudará para que todos los mayas sepáis pronto lo que es el cáncer. Y muchas otras cosas.

—¿Tú sabes muchas cosas?

—Bastantes. Pero cuanto más se sabe, más se ignora.

Motola y Cotilán se miraron. Por supuesto, no habían comprendido aquello… Y tardarían aún muchos años en poder comprenderlo. Los mayas permanecieron silenciosos un par de minutos, hasta que de pronto Cotilán preguntó:

—¿Cuándo nos darás los diez millones de dólares? Brigitte se quedó mirándolo afablemente.

—No lo sé, Cotilán… ¿Acaso temes que no cumpla mi palabra?

El ceño del maya se frunció. Movió negativamente la cabeza.

—No.

—Entonces, ten paciencia. Tenemos que esperar… Unos hombres vendrán aquí, no sé cuándo, y se llevarán vuestro tesoro…

—¿Traerán el dinero?

—No. Pero les dejaremos que se lleven el tesoro.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que conviene hacer.

—¿Eso será bueno para los mayas?

—Espero que sí.

Motola y Cotilán quedaron pensativos. Tampoco aquello debían de comprenderlo muy bien, y le pareció muy natural a la espía. Si ellos entregaban su viejo tesoro de los mayas, querían el dinero. Y, enseguida, ser ciudadanos, y tener sus escuelas, y sus casas en la ciudad, y…

Los mayas se pusieron en pie de un salto, de pronto, y sus machetes parecieron saltar hacia sus manos. Las miradas de ambos quedaron fijas en un punto de la espesura.

—Guardad los machetes —dijo Brigitte—. No habrá pelea si yo no os lo digo.

Miró hacia el mismo lugar. Y por allá, pocos segundos después, aparecieron unos cuantos hombres… Seis. Se detuvieron al otro lado del segundo arroyo, y se quedaron mirando a Brigitte y a los dos mayas. Uno de ellos se adelantó unos pasos, pistola en mano.

—Dígale a esos indios que guarden sus machetes, o disparamos ahora mismo.

Habló en español, de modo que los mayas entendieron perfectamente. Se quedaron mirando a Brigitte, que asintió con la cabeza. Los mayas guardaron los machetes en la cintura, y los seis hombres se acercaron. Dos de ellos quedaron algo apartados, apuntando a Brigitte y a los dos mayas; los otros cuatro se acercaron al cofre, y uno de ellos lo abrió.

—Fiuuu… ¡Era verdad! —exclamó.

Los demás metían las manos en aquella riqueza, riendo, removiéndolo todo…

—¿Y el prisionero? —oyeron de pronto.

Se quedaron mirando a Brigitte, cada uno en postura diferente, dos de ellos todavía con las manos hundidas en el oro y las piedras preciosas. El que llevaba la voz cantante sonrió aviesamente. Era un tipo barbudo, de ojos muy juntos, expresión maligna. Como los demás, llevaba pantalones verdosos, que le recordaron a Brigitte el color del uniforme de Diosdado Martínez, y gruesas botas; iban con el torso desnudo, sudorosos, todos ellos con barba de varios días.

—El prisionero está bien —aseguró el hombre.

—No olviden que dentro de veinticuatro horas deben devolverlo.

—¡Claro que no lo olvidaremos! Supongo que usted es la espía que Amadeo Terranova fue a buscar a Estados Unidos.

—En efecto.

—Bien… Es muy hermosa, señorita… Muy hermosa… ¿Verdad que es muy hermosa?

Los demás la estaban mirando ahora en silencio, brillantes los ojos, crispados los rostros…

No cabía duda de que todos la consideraban muy hermosa. Durante unos segundos, el deseo de aquellos seis hombres fue como un aliento casi tangible, que Brigitte tuvo que notar forzosamente. Pero permaneció firme, sin querer darse por enterada de nada.

El jefe del grupo se acercó a ella, y la miró descaradamente de arriba a abajo. Alzó una mano, y la pasó, lentamente, por una mejilla de Brigitte, luego por el cuello, el hombro… La desvió hacia el pecho…, y Brigitte la apartó suavemente.

—Si están satisfechos de la entrega, mis compañeros y yo nos volveremos a ciudad Maya Caribe.

—Sí… Estamos muy satisfechos de la entrega. Y usted y esos indios volverán pronto allá. Claro que primero tendremos que asegurarnos de que no hay trampa de ninguna clase, señorita.

—No comprendo…

—Primero se irán mis amigos, con el tesoro maya. Nos quedaremos dos de nosotros con usted y los indios, vigilándolos, por si pretendieran seguir a mis compañeros… No queremos que nadie sepa dónde hemos retenido a Carlos Terranova.

—De acuerdo. ¿Son ustedes desertores del Ejército? ¿O, además de desertores, son también traidores?

El hombre se la quedó mirando hoscamente. Pero sonrió de

pronto, queriendo aparecer amable.

—Es mejor que no hable tanto, señorita. ¡Feliciano!

—¡Dime, Zenón!

—Tú y yo nos quedaremos a vigilar a esta gente… Los demás, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Hubo un murmullo de protesta, pero el llamado Zenón, que todavía tenía la pistola en la mano, frunció el ceño, y su mirada pareció vidriarse.

—¿Hay alguno que no esté conforme? —gruñó.

—Hombre, Zenón, todos tenemos derecho a…

—Cuando nos marchemos Feliciano y yo de aquí, os llevaremos un regalo al escondite… Todavía estará en buenas condiciones, os lo prometo.

Hubo ahora una sonriente conformidad. Respecto a cuál iba a ser el regalo que «todavía estaría en buenas condiciones», Brigitte supo muy bien a qué atenerse… Y no le gustó que la considerasen como algo que podía regalarse…

Dos de los cuatro hombres que tenían que marcharse se hicieron cargo del cofre, quedando entre los dos, uno encabezando la marcha y el otro cerrándola. Cruzaron el arroyo, y poco después ni siquiera se oía ya el rumor de su marcha a través de la selva.

—Hay muy buena distancia hasta donde van —explicó Zenón—. Si hemos indicado este lugar para la entrega es precisamente por si tendían una trampa…

—Solo queremos que devuelvan el prisionero.

—Lo devolveremos, claro… ¿Qué lleva en ese maletín?

—Cosas personales.

—Déjeme verlas.

—No le importa lo que yo…

—¡Déjeme verlas! —Zenón se lo quitó de un manotazo, y lo dejó caer al suelo, sentándose junto al maletín y abriéndolo, mientras Brigitte hacía señas a los dos mayas para que permanecieran inmóviles—. Bien… Esto parece una pistola, ¿no es cierto, señorita?

—Es una pistola.

—Y muy bonita… Pero muy pequeña, ¿no?

—No.

—Oh, bueno… Veamos qué más tiene aquí… Cigarrillos, una boquilla, polvera, carmín… Monedas… ¿Qué es este… aparato, o lo

que sea?

—Un rizador de cabello.

—¿De veras? —Zenón parpadeó, dando vueltas al receptor de señales de radio, y manoseando otros aparatos—. Pues me gustaría probarlo… ¡Je, je! ¡Feliciano, ¿no te gustaría tener el pelo rizado?!

Feliciano se echó a reír, devorando con los ojos a Brigitte. Zenón lo dejó todo en el maletín, se puso en pie, y le atizó un puntapié, alejándolo, desparramando algunos objetos por la tierra.

—Bueno, ya basta… Esos están lejos ahora… Tú vigila a los indios… O mátalos ya. ¿Para qué los queremos?

—Eso digo yo: ¿para qué queremos a los indios? —rio Feliciano. Zenón guardó la pistola en la funda militar, y se acercó a Brigitte, que se desplazó «tan asustada», que se interpuso entre Feliciano y los dos mayas, que permanecían inmóviles, tensos, fijos sus negros ojos en Feliciano, que soltó un gruñido y también se movió.

Zenón alzó ambas manos, directas hacia los senos de Brigitte, crispadas…

—¡Marchaos! —gritó la espía.

Y al mismo tiempo asía con sus manitas las sucias manos de Zenón, por los dedos, forzándolos hacia arriba, de modo que el barbudo, chillando, se vio obligado a postrarse de rodillas…

O sea, la postura justa para recibir un rodillazo en plena nariz, tan violento, que casi lo puso de nuevo en pie por la fuerza del impulso hacia atrás.

Feliciano también había lanzado un grito de sorpresa, cuando se disponía a buscar la línea de tiro contra los indios. Al ver aquello, se olvidó instantáneamente de ellos, y su pistola se volvió hacia Brigitte, que, comprendiendo esto, saltaba hacia Zenón, buscando en el cuerpo a cuerpo la protección contra las balas de Feliciano, que estuvo unos segundos moviéndose inquieto, buscando la línea de disparo…

Cuando comprendió que no podría disparar contra aquella mujer que se abrazaba estrechamente a su compañero, decidió eliminar a los mayas, y se volvió de nuevo hacia ellos… Es decir, hacia donde habían estado los mayas unos segundos antes. Habían desaparecido.

—¡Voy a ayudarte, Zenón! ¡Pero no la mates!

Guardó la pistola, corriendo hacia Brigitte y Zenón. Este gruñía sordamente, intentando despegarse a aquella agilísima mujer que,

no sabía cómo, presionando en sus costados, lo estaba casi partiendo en dos, privándole de aire…

Feliciano no pudo correr mucho.

Oyó el grito a su derecha, y se volvió, sobresaltado. Uno de los mayas estaba allí, machete en mano, blandiéndolo, aullando, como dispuesto a pasar al ataque…

—¡Te voy a…!

Llevó precipitadamente la mano a la pistola, de nuevo. Entonces, oyó el silbido a su espalda… Y eso fue todo. Ni siquiera tuvo tiempo de volverse, ni de saber cómo había muerto. Esto es, con el machete de Motola hundido en su espalda hasta el fondo, clavado con tanta fuerza, que lo tiró de bruces, como aplastándolo, machacándolo contra la tierra…

Inmediatamente que esto ocurrió, visto por Brigitte, la espía comprendió que ya no necesitaba para nada el cuerpo a cuerpo con Zenón, que en aquel momento, crispado por el dolor en sus costados, casi desvaneciéndose, clavaba sus manos en la fina garganta femenina…

Un simple manotazo doble hacia arriba apartó sus manos de allí, pero, como compensación, dejó de notar aquel paralizante dolor en los costados. Quedó solo, en pie, tambaleante Vio a la mujer ante él, ni siquiera a dos pasos, y le lanzó un zarpazo al rostro capaz de arrancar tiras de piel…

Su mano no alcanzó el objetivo. En cambio, aquella mujer que llevaba «rizadores de cabello» a la selva, se la agarró, por la muñeca, dio media vuelta, colocándose de espaldas a él, se inclinó…, y Zenón salió volando, lanzando un agudo chillido. Rodó por el suelo hasta que lo detuvo un grueso árbol. Se puso en pie, tambaleante, turbia la mirada… Como en una imagen arrugada, vio a la mujer, que se acercaba a él… No iba a pelear más. Llevó la mano a la pistola…

—¡No lo haga…!

Zenón estuvo a punto de reír… un instante antes de comprender que aquella mujer no le daba aquella orden en beneficio de ella, sino en el de él… Cuando lo comprendió, cuando quiso retirar la mano de la pistola, ya era demasiado tarde: el brillo del machete fue como un fogonazo ante sus ojos. Quiso alzar las manos, para proteger su garganta… Pero también para eso era demasiado tarde.

El machete de Cotilán, fuertemente manejado por este, dio en su garganta, y el filo lo cortó todo, hasta hundirse casi media pulgada en el tronco del árbol.

Luego, con la cabeza rodando por el suelo, Zenón ya no podía comprender nada más.

Cotilán arrancó el machete del tronco, miró a Motola, que ya había arrancado el suyo del cuerpo de Feliciano, y, por fin, los dos se quedaron mirando a Brigitte, que apartaba su mirada de la cabeza de Zenón, que había caído cerca de sus pies…

La espía se pasó una mano por la frente, y se apartó unos pasos, pálida. Llegó a donde estaba su maletín, rodeado de objetos, y los fue recogiendo todos. Cuando alzó la cabeza, los dos mayas estaban junto a ella, mirándola fijamente.

—Supongo… que queréis saber por qué peleo contra los hombres a los que he entregado vuestro tesoro —musitó.

Los dos asintieron con seco cabezazo.

—Es… complicado de explicar a dos personas como vosotros… Lo blanco es blanco y lo negro es negro. Solo quiero que sepáis que estoy haciendo lo mejor. ¿Todavía confiáis en mí?

Nuevo cabezazo de asentimiento.

—En ese caso, no preguntéis nada y seguid conmigo.

Sacó el receptor de señales y lo accionó. Afortunadamente, los demás desconocidos no habían recorrido todavía una milla. El aparato captó perfectamente la señal, y la aguja marcó la dirección que estaban siguiendo. Brigitte se puso en pie, y con el receptor en la mano señaló en aquella dirección.

—Sigamos. Ahora iremos más descansados, pues ellos son tan amables de llevar la carga.

Capítulo VII

Estuvieron caminando no menos de dos horas hasta que la señal empezó a llegar con más fuerza al receptor. Lo cual indicó a Brigitte que los cuatro hombres que transportaban el tesoro maya se habían detenido, y que ella y los indios se iban acercando cada vez más.

Cotilán y Motola habían dejado ya de mirar con extrañeza y cierto sobresalto el aparato que manejaba la espía, y habían comprendido ya que mientras aquella mujer lo llevase en las manos, ellos no tenían por qué molestarse en buscar huellas de la marcha de aquellos cuatro hombres que tenían su tesoro.

Cada vez, la señal era más fuerte y clara.

Y cuando, según cálculos de Brigitte, debían de estar a un tercio de milla del cofre, por la selva se extendió, de pronto, en tono ahogado, un sonido rítmico, velocísimo, que hizo enmudecer unos segundos a los pajarracos de plumas multicolores.

—Una metralleta —musitó la espía—. Ese es el sonido de una metralleta…

A los pocos segundos volvió a oírse el crepitar de aquella arma. Ahora, en ráfagas cortísimas, espaciadas una de otra por algunos segundos. Los mayas miraban expectantes a aquella mujer que parecía tener soluciones para todo, esperando una de aquellas soluciones, una explicación.

Pero la explicación era innecesaria. Obviamente, alguien estaba peleando cerca de ellos, disparando con arma de fuego.

A pesar de la gran fatiga que sentía, Brigitte apretó el paso, sin dejar de mirar la aguja, que le indicaba el camino a seguir para llegar hasta el tesoro maya. La señal fue haciéndose tan intensa una vez recorridas trescientas yardas, que detuvo el receptor y lo guardó en el maletín. A partir de aquel momento, bastaría la simple vista humana para localizar de un momento a otro el cofre con el tesoro maya.

Motola tocó uno de sus hombros, de pronto, y señaló montaña arriba. Brigitte tardó todavía algunos segundos en ver la hendidura, que parecía formar una diminuta meseta en la falda de la montaña.

—Hay un hombre —dijo Motola.

—Pues vamos a verlo. Pero no habrá uno solo, Motola, sino, por lo menos, cuatro. No lo olvidéis. Y no hagáis nada hasta que yo lo haga. Mmm… ¿Sabréis usar las pistolas de aquellos dos?

Los mayas movieron negativamente la cabeza.

—Es fácil… Están cargadas ya, y son automáticas… Solo tenéis que cogerlas así… Así… No, no… Ahora… No hace falta apretar tanto, Motola… Suave… Bueno, así es, más o menos… Cogedlas así, y cuando queráis disparar solo tenéis que apretar el gatillo… Y la pistola tiene que estar apuntando a quien queráis matar. Es como… como si esto —tocó el cañón— fuese vuestro dedo señalando a alguien… Pero no disparéis, ni os dejéis ver, hasta que yo lo diga. ¿Entendido?

Cabezazo de asentimiento.

Luego, los tres fueron ascendiendo, lentamente, silenciosos. Tan silenciosos Motola y Cotilán, que Brigitte tuvo que buscarlos con la mirada varias veces para convencerse de que los tenía cerca.

Llegaron muy pronto a la pequeña meseta.

Y enseguida vieron al hombre, que estaba arrastrando el cofre con el tesoro maya.

Luego, vieron a los demás hombres. Cinco, exactamente. Todos estaban ensangrentados, caídos en trágicas posturas… Uno de ellos, el más cercano a Brigitte, tenía la cabeza como retorcida, vuelta la cara hacia ella, muy abiertos los ojos por el espanto, la agonía. Estaba clarísimo que los cinco habían muerto. Y, recordando las cortas ráfagas que luego oyó, Brigitte comprendió que habían sido rematados concienzudamente uno a uno.

Su azul mirada pareció congelarse cuando de nuevo se fijó en el único superviviente de aquella matanza. Un único superviviente que, por lógica, tenía que ser quien había matado a los cinco hombres. ¿Así empezaba su trayectoria el tesoro maya? ¿Ya creaba ambiciones tan violentas?

Cinco muertos… ¿Era uno de ellos el prisionero? Verdaderamente, con el tesoro maya en su poder, ¿para qué quería el único superviviente a sus compañeros, y, mucho menos, al

prisionero?

En aquel momento, el hombre al que estaba mirando se volvió, pasándose un brazo por la sudorosa frente, dejando de arrastrar el tesoro maya… Y Brigitte estuvo a punto de lanzar una exclamación. Aquel rostro estaba barbudo, casi llagado por el sol, revuelta la cabellera…

Pero estaba segura de que era Carlos Terranova. Amadeo le había enseñado algunas fotografías de su hermano, y ella no era de las que confundían unos rostros con otros. Aquel hombre que estaba solo, arrastrando penosamente el cofre, era Carlos Terranova, el prisionero que había originado todo aquel asunto.

La espía internacional se incorporó.

—¡Terranova! —llamó de pronto.

El barbudo se volvió como una centella, tomando la metralleta de encima del cofre maya. Sus ojos giraron rápidamente hacia todos lados, desorbitados, asustados, buscando algo o alguien contra quien disparar.

—¡Deje esa arma! —gritó Brigitte—. ¡Somos amigos! ¡Nosotros hemos sido los encargados de traer el tesoro maya que pagaba su rescate! ¡Nos envía su hermano!

Era evidente que Carlos Terranova no resultaba fácil de convencer. Se había parapetado tras el cofre, dejando ver solamente la punta del cañón de la metralleta, en cuanto se convenció de que no podría ver a nadie.

—¡Nos envía su hermano Amadeo! —insistió Brigitte.

—¡Si son amigos, salgan de ahí con las manos en alto! ¿Cuántos son?

—¡Tres! Una mujer y dos indios mayas… Vamos a salir, Terranova.

—¡Los mataré si intentan algo! —chilló el prisionero, con voz crispada.

Brigitte hizo una seña a los mayas, y los tres se dejaron ver, apareciendo con las manos en alto, sin arma alguna en ellas. Se fueron acercando hasta donde estaba el cofre, y, parapetado tras él, Carlos Terranova, que asomaba apenas los ojos y el cañón de su arma. Mientras caminaba hacia allí, Brigitte fue mirando a su alrededor. Estaba claro que allí se había establecido un campamento hacía varios días. Se veían papeles, latas vacías, restos

de fuego, hierba y matorrales aplastados, y en algunos puntos cortados a machete… En un lado, un gran fardo de lona, que sin duda era una tienda que ya había sido desmontada.

—¡Acérquense más! ¡Más!

Le obedecieron. Y solo cuando estuvieron bien a la vista, y con las manos bien altas, se dejó ver completamente Carlos Terranova. Apareció todavía desconfiado, moviendo sus claros ojos a toda prisa de un lado a otro…

—No le estamos engañando —sonrió Brigitte—. Su hermano fue a buscarme a Estados Unidos para que le ayudase.

—¿Usted es Brigitte Montfort?

—Sí… ¿Cómo sabe eso?

Carlos Terranova bajó el arma, se la pasó a la mano izquierda y tendió la diestra a la espía, relajándose de pronto.

—Celebro conocerla, y… le agradezco mucho lo que está haciendo por los Terranova.

—¿Cómo sabe usted todo eso, y mi nombre…?

—Tenían una radio aquí, de baterías… Está envuelta ahora con la tienda de lona… Enviaban noticias desde ciudad Maya Caribe, o desde la costa, cuando pasaban cerca de aquí con alguna embarcación… Han ido sabiéndolo todo, los que estaban aquí… ¿No se quedaron dos con usted…?

—Están muertos, ahora.

—Me alegro… Me alegro con toda mi alma… ¡Malditos cerdos que el diablo se lleve, me han tenido todos estos días como si fuese un pordiosero que…!

—Cálmese, Terranova.

—¡Que me calme…! ¡Se nota que usted no ha estado nunca en estas condiciones…!

—Tranquilícese —sonrió la espía—. Todo ha terminado ya. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Los maté… ¡Los maté a todos! —Los ojos de Carlos Terranova brillaron jubilosamente, de un modo cruel, escalofriante—. ¡Los he matado a todos con una de sus propias armas! ¡Maldita sea, solo tenían una vida cada uno, cuando yo hubiera querido matarlos, matarlos, matarlos…! —se calló de pronto, viendo la tensa expresión de Brigitte, y acabó sonriendo—. ¿La estoy asustando?

—Un poco, señor Terranova. A los enemigos basta con matarlos

una sola vez… y olvidarlos. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—¿Ahora?

—Sí. Me refiero a los disparos que hemos oído no hace mucho, de esa metralleta…

—Los he matado a todos… ¡Je! ¡A todos! Dejaron uno conmigo, vigilándome… ¡Siempre vigilándome, como si fuese una fiera! Dejaron a uno, con la metralleta… Y no sabían que yo me estaba desatando con mucha paciencia, desde hacía días…

—¿No lo desataban para comer?

—Solo una mano… Pero yo he tenido paciencia… Cuando me he quedado solo con uno, he acabado de soltarme, lo he atacado, y lo he vencido… ¡Tenía que haberlo estrangulado, pero no quería que los demás sospecharan…! Lo he dejado vivo, pero la metralleta la tenía yo… Los demás han vuelto, confiados… Y cuando han estado todos juntos… ¡Raaatttt…! ¡Los he matado a todos!

—¿Y luego los ha… rematado uno a uno?

—¡Claro que sí! ¿Usted no habría hecho lo mismo? Estoy harto de esta selva, de estar sucio, de comer mal, de dormir en el suelo… ¡Quiero lo mejor, no lo que ellos me daban! ¿Usted no habría hecho lo mismo?

—Quizá —dijo fríamente Brigitte—. Bien, señor Terranova, todo ha terminado. Ahora avisaremos a su hermano, para que vengan a recogernos, y…

—¿De verdad ha venido usted sola? —agrandó sus ojos Carlos Terranova.

—Con ellos —señaló Brigitte a los mayas.

—Oh, bueno, dos asquerosos indios… Casi es peor que ir solo. ¿No le parece?

La espía se quedó mirando gélidamente a Terranova, parpadeando despacio, pensativa.

—Conozco gente de color que son mejor que muchos blancos, señor Terranova.

—Pues yo no… ¿Solo han venidos los tres? ¿De verdad?

—De verdad. Pero su hermano estará aquí antes de media hora.

—¿La viene siguiendo? ¿Con muchos hombres?

—No. Solo está esperando a unos cuantos kilómetros de aquí a que lo llame por radio. Si ha seguido mis instrucciones, está costeando no muy lejos, y tendrá a punto un helicóptero para pasar

a recogernos.

—¡No haga eso! ¡No lo llame!

—¿Por qué no?

—Porque si él se acercara, no vendrían los traidores.

—Emmm… No sé si comprendo esto, señor Terranova.

—Se… se lo explicaré. Verá: hay unos traidores en el Gobierno de mi hermano, que quieren alzarse en rebelión. Son ellos los que están esperando ahora el tesoro maya, para comprar armas a Cuba. Mi hermano quiere distribuir legalmente las tierras nacionales de cultivo entre los mayas, como propietarios plenos… Eso significaría que esos hombres perderían miles de manos de obra poco menos que gratis y la explotación también gratis de terrenos de cultivo que nadie ha reclamado hasta ahora. Ese grupo dirigente de una minoría que no aceptan las pérdidas de la nueva política de mi hermano, llegarán en helicóptero a la playa, a menos de medio kilómetro, antes de media hora. Se quedarán el tesoro maya y no solo lo utilizarán para comprar armas a Cuba, sino que harán saber a los mayas que Amadeo Terranova los ha engañado, que los ha traicionado, y que no piensa darles nada de lo prometido, y que su tesoro ha sido destinado a comprar armas. Así, se espera que los mayas se sumen a los revolucionarios. Y con los maya, los ciudadanos que se sentirán defraudados por el hombre en quien tanto han confiado, en el bueno, inteligente, honesto Amadeo Terranova.

—Entiendo. ¿Esos hombres son los llamados Juan López, Marcos Ruiz y Luis Estrada?

—¡Sí! Ellos lo planearon todo, ordenaron que me tuvieran prisionero, para obligar a mi hermano a entregar el tesoro maya… Quieren ser el Consejo Central de Maya Caribe. Y el más cerdo de todos es Esteban Sorolla.

—¿El consejero político de amadeo? —musitó Brigitte.

—¡Consejero político! ¡Es el más cerdo de todos los cerdos traidores del mundo! ¡Él quiere ser quien gobierne Maya Caribe, y los demás serán su consejo central de Estado! ¡Y me han estado utilizando a mí! ¡A mí! ¡Nunca les perdonaré estos días de incomodidades…!

—¿Quizá se le ha ocurrido algo, señor Terranova? —cortó fríamente la espía.

—¡Los quiero matar!

—No es una idea genial, precisamente, pero al menos resulta bastante acertada… Sin embargo, creo que ya ha matado usted bastante. Se resolverán las cosas de otro modo.

—¿De qué modo?

—No sé… Creo que es su hermano quien debe decidirlo. Es su Gobierno el que está en peligro, y esos hombres son enemigos suyos, no míos.

—¡Pero sí míos!

—Eso es por simple rebote, señor Terranova. En realidad, usted no es nadie en Maya Caribe. ¿Ocupa algún cargo público o privado? ¿Se dedica a algo? ¿Es de alguna utilidad para alguien?

Carlos Terranova se pasó la lengua por los labios.

—Veo… que le han hablado de mí, señorita Montfort.

—Y me doy cuenta que con mucha justicia. Llamaré a su hermano.

—Espere… Espere, se lo suplico… ¿Tampoco usted va a querer ayudarme?

—¿Ayudarle? ¿Cómo podría hacerlo?

—Quiero… quiero demostrarle a Amadeo que… que… Durante estos días he tenido mucho tiempo para pensar, y… y creo que todos tienen razón respecto a mí. Yo… quisiera demostrar que puedo… que todavía puedo ser útil, que Amadeo puede confiar en mí a partir de ahora… Me gustaría demostrarles que cuando hay en juego algo… algo importante, yo puedo dejar de ser un inútil, un gandul sinvergüenza… Le estoy pidiendo una oportunidad a usted para demostrarle a mi hermano, y a todos los de Maya Caribe que puedo… que todavía pueden contar conmigo cuando… cuando sea necesario un… un auténtico sacrificio… ¡Se lo estoy pidiendo a usted!

Los azules ojos se entornaron, entre perplejos, desconfiados, expectantes, vigilantes…

La voz de la espía internacional brotó lenta, pausada, en tono más bien amable:

—¿Qué es exactamente lo que me pide, Terranova?

—Mire… Le he contado lo que sé… Usted, ahora, está enterada de todo… ¿No lo comprende? Tenemos a menos de media hora a los culpables de todo esto… Llamaron por la radio, sé que antes de

media hora llegarán a la playa, en un helicóptero… Vendrán a recoger el tesoro maya, y a ordenar mi muerte… Sé que no pensaban dejarme volver vivo a ciudad Maya Caribe. Esos hombres son los mismos que quieren quitarle a mi hermano el mando de mi país, por ambiciones personales… No he sido mucho mejor que ellos hasta ahora, pero ya… ya creo que ha llegado el momento en que… demuestre… en que demuestre a todos, y sobre todo a mí mismo, que puedo servir para algo, que puedo ser útil a mi patria… No tanto como Amadeo, lo sé bien… Pero uno no puede dar más de lo que tiene, señorita Montfort.

—Eso es bien cierto —musitó Brigitte—. Pero aún no me ha dicho qué es exactamente lo que usted quiere.

—Quiero esperar a esos hombres. Yo, sin ayuda. Quiero esperarlos, recibirlos, darles el castigo que merecen… Quiero ser yo, Carlos Terranova, quien los aniquile… Si usted quiere, no los mataré. Pero los hundiré para siempre, los dejaré arruinados para cualquier otro intento político, para cualquier otra canallada que tramen… Eso es lo que le pido: no llame a mi hermano, deje que yo solucione esto… Y cuando lo haya solucionado, llámelo, y dígale que el inútil de su hermano ha arreglado las cosas. Eso… eso es lo que yo quiero.

—¿De dónde ha sacado todo ese valor, Terranova?

—¡No es valor! —gritó Carlos—. ¡Es una necesidad que tengo…! ¡Voy a pasar miedo, o angustia, pero no me importa! ¡Quiero hacerlo yo! ¡Quiero que Amadeo no tenga que volver a avergonzarse de mí! Por todos los santos, señorita Montfort: ¿no puede usted comprenderlo?

De nuevo se entornaron los azules ojos, matizando una mirada entre desconcertada y esperanzada. Allí había una buena solución política, militar y humana. Y desde el punto de vista de la espía, aquella solución era demasiado humana para que la más humana y sentimental espía del mundo se atreviese a estropearla.

—Puedo comprenderlo, Terranova. Y le voy a dar la oportunidad. Vamos a ir los dos a esperar a la playa ese helicóptero. ¿Habrá que llevar el tesoro maya?

—No creo… El helicóptero puede llegar hasta aquí, para recogerlo. Creo que solo están esperando la señal para descender. Entonces, se supone que se posarán en la arena, Zenón los pondrá al

corriente de todo, y vendrán aquí a matarme y a buscar el tesoro maya. Eso es todo.

—Dejaremos aquí a Motola y Cotilán, con el tesoro. Nosotros bajaremos a la playa… Pero le exijo esta condición, Terranova: nada de matar. Quiero que esos hombres paguen su delito político de acuerdo a las leyes de Maya Caribe. Los apresaremos, serán llevados a la ciudad, y juzgados a su debido tiempo. ¿Acepta?

—Quiero apresarlos yo… Si es así, acepto.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Tendremos que quitarles algunas ropas a los hombres que usted ha matado. Hágalo, vístase como iría vestido Zenón, y vamos a la playa. Tenemos el tiempo justo.

Carlos Terranova estaba muy emocionado; tanto, que Brigitte creyó que iba a demostrárselo efusivamente. Pero no fue así. Terranova se apartó de ella, excitado, y se dedicó nerviosamente a quitarle la ropa a dos de los muertos. De uno, la camisa; de otro, los pantalones. Mientras se cambiaba, Brigitte esperaba junto al cofre del tesoro maya, pensativa, bajo la vigilante mirada de Motola y Cotilán.

—Él no es bueno —dijo Cotilán—. Los mayas lo sabemos.

—Hay que dar oportunidad a todos, Cotilán.

—Él no es bueno —insistió el maya.

—No lo ha sido hasta ahora, pero quizá lo sea en el futuro.

—No. El malo es malo, y el bueno es bueno. Tú eres buena, y él es malo. Amadeo es bueno. Diosdado, el general, es bueno. Pero él es malo.

—Cotilán, tú eres indio, y quieres ser ciudadano: ¿te gustaría que no hubiese nadie tan bueno como Amadeo que te diese esa oportunidad?

—Tú eres buena. Amadeo es bueno. Los mayas somos buenos… Pero él —señaló a Terranova— es malo.

—Si lo es de verdad, lo mataré —dijo Brigitte—. Pero si no es malo, hay que dejarle ser bueno. Vosotros esperaréis aquí.

Capítulo VIII

El bosque perdía dureza en las cercanías del mar. La espesa vegetación se suavizaba, se aclaraba. Empezaban a verse palmeras.

Luego, una arena blanca, fina, que brillaba cegadoramente a las primeras horas de la tarde, bajo un sol intenso, rutilante, que caía a plomo sobre el mar azul, sobre la arena que ardía.

Carlos Terranova se dejó caer junto a una de las palmeras, jadeando, agotado pese a la corta marcha que apenas había alterado el ritmo respiratorio de la espía. El sudor resbalaba por su rostro casi llagado por el sol, por el cuello, el pecho… La camisa estaba completamente empapada. En lo alto el sol parecía un foco perverso que concentraba su potencia abrasadora sobre los dos personajes.

—Tengo… una sed… espantosa…

—Yo también —admitió Brigitte, indiferente.

—Usted… usted está acostumbrada a esto, no lo niegue. Esto no le resulta nuevo…

—Más que a usted. Pero hace años que aprendí una cosa muy importante: la supervivencia es, simplemente, cuestión de adaptación.

—Palabras… Solo palabras.

—Y hechos, Terranova. ¿Me ha oído quejarme una sola vez?

Carlos se pasó una mano, furiosamente, por la seca boca, rodeada de rubia barba. Miró hacia el cielo, guiñó los ojos y soltó un feroz gruñido.

—No pueden tardar… Si tardan, me volveré loco bajo este sol.

—¿Quiere un cigarrillo? —sonrió Brigitte.

—¡No! Si fumo me parecerá que mi boca se llena de fuego.

—Tonterías…

Brigitte encendió un cigarrillo, mirando hacia el cielo. Tenía el rostro enrojecido y sudoroso, y la carne de su dulce escote se veía también enrojecida. De no haber sido una amante cotidiana del sol,

haría horas que estaría mucho más abrasada que Carlos Terranova. Pero en sus diferentes misiones, y en sus cortas temporadas de descanso, la espía tenía siempre sobre ella el mismo común denominador: el sol. Allá donde estuviera, el sol era testigo de sus aventuras, de modo que su piel tenía aquel tono dorado, curtido, deliciosamente brillante y saludable. Es decir, todo lo contrario de Carlos Terranova.

Durante un par de minutos los dos permanecieron silenciosos, ella fumando impávida bajo el sol, y él procurando buscar en todo momento el más pequeño espacio de sombra.

Al cabo de esos dos minutos, quizás algunos segundos más, llegó hasta ellos el sonido de los motores. Terranova alzó vivamente la cabeza, mirando a todos lados, desorientado. Para localizar el helicóptero, tuvo que seguir la dirección de la mirada de Brigitte, mucho más acostumbrada a localizar un aparato en pleno vuelo.

—Ahí está… ¡Ahí lo tenemos! —exclamó Terranova.

—Eso parece. Salga a la arena.

—Pero…

—Si no sale, no creerán ver a Zenón. Y si no creen ver a Zenón, no aterrizarán. ¿No lo comprende?

—Sí… Sí, lo comprendo…

—Vaya hacia la playa… Y lleve bien visible la metralleta, que ellos la vean… Usted tiene que dar la sensación de fuerza, de seguridad, de jefe del grupo que tiene al prisionero.

—Si me reconocen, me… me acribillarán desde arriba…

—Desde arriba, todas les personas parecemos iguales. Hágales señales, pero no levante la cabeza. Desde arriba, usted es igual que el tal Zenón.

—Sí… Claro… Está bien, voy a salir…

Empuñó con fuerza la metralleta y salió a la arena, hacia la orilla del mar. El helicóptero estaba dando una vuelta que parecía de inspección, descendiendo ligeramente. Carlos Terranova agitó los brazos, mostrando bien en alto la metralleta. Y casi enseguida el aparato inició el descenso, poco menos que verticalmente.

Desde su posición tras una palmera, la espía internacional vio el rápido descenso. Carlos Terranova se había quedado inmóvil en el lugar donde había hecho la última señal. Luego, cuando el aparato se posó en la arena, caminó lentamente hacia allí… Antes de que él

llegase, ya estaban saltando algunos hombres del aparato. Cuatro, en total.

Era fácil comprender que se trataba de Marcos Ruiz, Luis Estrada y Juan López, los tres revolucionarios. El cuarto hombre, a menos que la vista la engañase, era, en efecto, Esteban Sorolla. La traición estaba en pleno auge. Vio a Carlos Terranova llegar junto a ellos, apuntándolos con la metralleta. Los cuatro personajes no parecían impresionados.

Brigitte abrió su maletín, sacó el diminuto catalejo que aparentemente era un bolígrafo, y miró a través de las dos pequeñas lentes que formaban el sistema óptimo de acercamiento. Esteban Sorolla estaba diciendo algo, casi sonriendo. Junto a él, los tres hombres que ella no conocía… Fue examinando aquellos rostros uno a uno… Ninguno expresaba preocupación, o temor. Parecía que estaban charlando con Carlos Terranova, en tono más bien amistoso. Posiblemente, estaban intentando convencerlo de su error… Cuando tuvo en el catalejo la imagen de Terranova, lo vio moviendo el brazo izquierdo, en clara llamada. Bajó el pequeño aparato, y lo vio al natural, más pequeño y más lejos, insistiendo en la llamada por el procedimiento de mover un brazo hacia delante.

Bien… Indudablemente, los tenía bien dominados, y se consideraba satisfecho. Todavía volvió a mirar durante unos segundos la espía internacional, acercando las imágenes por medio del pequeño Catalejo. Esteban Sorolla parecía sonreír, y los demás no mostraban el menor síntoma de miedo o preocupación.

Lentamente, la espía internacional más astuta del mundo guardó por fin el catalejo, es decir, el bolígrafo. Pero permaneció inmóvil todavía unos segundos, fruncido el ceño, inquieta la expresión de los azules ojos. Finalmente, sacó una boquilla del maletín, colocó en ella un cigarrillo, lo encendió, cerró el maletín, lo cogió con la mano izquierda, y se puso en pie. Recorrió rápidamente el trecho que la separaba de aquel grupo. Ya desde antes de llegar captó las irónicas sonrisas de los cuatro prisioneros, pero continuó adelante, impávida, inexpresiva. Y cuando llegó, dijo:

—Buen trabajo, Terranova.

Los otros cuatro soltaron una carcajada, a la vez. Estaban extraordinariamente divertidos, eso era evidente.

—Desde luego —admitió Carlos Terranova—, ha sido un

magnífico trabajo, señorita Montfort… Tenga la amabilidad de dejar caer su maletín y colóquese junto a ellos.

—¿Cómo…?

—Creí que usted hablaba y entendía el español —dijo Terranova, sarcástico.

—Sí, desde luego, pero no comprendo…

—Yo se lo explicaré… Colóquese junto a ellos.

—Bien…

Obedeció. Quedó junto a Esteban Sorolla, que le dirigió una irónica mirada, y un comentario:

—Siempre se exagera sobre la fama de los espías profesionales, ¿no le parece, señorita Montfort?

—Es posible —admitió fríamente Brigitte—. Desde luego, no comprendo lo que está ocurriendo ahora…

—Es fácil —dijo Terranova—: los cinco van a morir.

La noticia no alteró lo más mínimo a Brigitte, pero sí cayó como una auténtica bomba entre los cuatro hombres, que miraron desconcertados y asustados a Carlos Terranova.

—¡Eso he dicho! —rio este—. ¡Los cinco van a morir!

—Carlos… Un momento, Carlos —murmuró temblorosamente Esteban Sorolla—. Un momento. Lo que nosotros pactamos fue que…

—Oh, vamos, Esteban… Sé muy bien lo que pactamos… Pero aún sé mejor lo que realmente pienso hacer.

—¿Estás loco? Sin nuestra ayuda jamás podrás gobernar en Maya Caribe…

—Vosotros estáis locos —rio Carlos Terranova—. ¡Maya Caribe! ¿Qué me importa a mí este mugriento país, en el que dentro de unos años, de un modo u otro, unos miles de indios serán ciudadanos normales, con todos los derechos?

—En otros países de la América Central, los indios aborígenes hace años que ya son…

—¡No me importa nada de eso! ¡Ni me importa gobernar en este asqueroso lugar del mundo! ¿Para qué?

—Carlos… Piénsalo bien… La revolución que organizamos…

—¡La revolución! —volvió a reír Terranova—. ¡Tampoco me importa nada la revolución!

—¿Qué es lo que le importa a usted? —preguntó Brigitte, sin

alterarse en ningún momento.

—Pues… el dinero. Eso es: el dinero. Mucho dinero, para poder ser libre, y vivir la vida donde valga la pena vivirla.

—¿No en Maya Caribe? —musitó la espía.

—¡Noooo…! ¡No en Maya Caribe, desde luego! ¡Muy lejos!

—Ah… Bueno, sigo sin entender demasiado, Terranova. ¿No querría explicármelo?

—¿Para qué? ¡Dentro de unos segundos estará muerta…!

—Es un favor personal. Yo le concedí otro antes a usted. ¿No cree que tengo derecho a ser correspondida, siquiera sea unos segundos antes de ser asesinada?

—Bien pensado… ¿por qué no? Mire, señorita Montfort, todo es muy fácil. La idea de robar el tesoro maya fue mía, aprovechando las ambiciones que ya conocía de estos cuatro señores. Les convencí de que el único medio de conseguir que mi hermano entregase el tesoro maya era «raptándome», y pidiendo el tesoro maya como rescate. Yo estaba seguro de que Amadeo entregaría el tesoro a cambio de mi vida. De modo que me vine a estas montañas con unos cuantos militares que estaban de acuerdo con la revolución. Naturalmente, no estaba prisionero. Yo fui quien confeccionó el mapa de entrega del tesoro maya.

Envié a unos cuantos a buscarlo, y cuando regresaron cuatro de los seis, los maté a todos, usted ya sabe eso. De este modo, el tesoro solamente lo tengo yo. Entonces, de acuerdo a lo convenido, tenía que venir a la playa, para esperar el helicóptero que yo mismo llamé por la radio después de matar a esos cinco asquerosos. Se supone que estos señores debían llevarse el tesoro, y yo podía aceptar dos alternativas: quedarme en Maya Caribe para sustituir a mi hermano en el Gobierno, o bien aceptar el millón de dólares que por el tesoro y el… trabajo me ofrecían estos señores. La alternativa es fácil: no me gusta mandar, ni complicarme la vida, de manera que ya que estos señores han sido tan amables de traer el millón de dólares, me quedo con eso…

—¿Y les entregará el tesoro maya?

—¡Claro que no! ¿Por qué hacerlo? Ellos creían que si yo aceptaba el dinero, me marcharía clandestinamente del país, dejando creer a todos que había muerto. Mientras tanto, ellos volverían a Maya Caribe con el tesoro, dispuestos a comprar armas

a Cuba para la revolución… Pero lo que va a ocurrir es lo siguiente: yo me quedo el millón de dólares, me quedo el tesoro maya, los mato a ustedes cinco… y desaparezco.

—Es un plan muy bueno, Terranova. ¿Ha pensado en su hermano?

—Bueno… Amadeo es listo… Sabrá cómo salir de todo esto, estoy seguro.

—Claro… Sin tesoro maya, sin hermano, apesadumbrado por la acusación de Mercedes Alba, con los mayas indispuestos contra él, todo el país descontento… Oh, sí: todo tiene un arreglo fácil.

—¡Ya sé que no! Pero eso, querida señorita Montfort, a mí no me importa en absoluto. Lo que yo quería ya lo tengo: el millón de dólares de estos imbéciles y los diez millones que valdrá el tesoro maya. Lo demás, me tiene sin cuidado.

—En verdad, Terranova, pocas veces he tenido el disgusto de asistir a una traición y cobardía semejantes.

—¿Espera ofenderme? —rio Terranova.

—No. A las personas como usted resulta imposible ofenderlas de ningún modo. Están inmunizadas… con su propio veneno.

—Palabras… Solo palabras. Lo cierto es que yo he ganado la partida, que me he burlado de todos, que ustedes van a morir, y que dentro de pocos minutos me marcharé de estas latitudes con un millón de dólares en efectivo y diez millones en objetos de arte maya. No está nada mal, me parece.

—Todavía no tiene el tesoro.

—Lo tendré. Solo tengo que matarlos a ustedes, subir al helicóptero, regresar a donde están los dos asquerosos indios, matarlos con la metralleta, y marcharme con el tesoro maya…

—No le será fácil colocarlo, ni manejarlo hasta que consiga colocarlo.

—También eso está pensado. Fíjese bien: como tengo un millón en efectivo, tiraré al mar, en determinado punto, el tesoro maya. Y dentro de un par de años, tranquilo, como un yachtman cualquiera que se dedica a dar la vuelta al mundo en su yate, pasaré por ese sitio exacto, bajaré al fondo del mar, recogeré el tesoro maya, y… ¡ya está! Todo lo he pensado muy bien, señorita Montfort.

Brigitte se quedó mirando el cigarrillo que tenía en la boquilla, ya consumido.

Quitó la colilla, la tiró al suelo, y asintió sombríamente.

—Debo admitirlo, Terranova. Ahora, solo una cosa me preocupa.

—¿Qué cosa?

—¿Cómo le explico yo a su hermano la muerte de usted?

—¿Mi muerte…? —rio Terranova—. Pues no sé… Pero, para que usted vea lo amable que soy, voy a privarla de ese enojoso momento, señorita Montfort. Así que…

—Oh, por favor, un momento…

—¿Sí?

Brigitte se volvió hacia Esteban Sorolla, que, como los demás, estaba palidísimo, petrificado de miedo, sin comprender cómo aquella mujer podía aceptar de modo tan sereno e indiferente aquella sentencia de muerte. Claro que ella no conocía bien a Carlos Terranova…

—Señor Sorolla, ¿fue usted quien envió a los asesinos de Borjas y Procopio?

—¡Déjeme en paz! ¿Qué importa eso ahora?

—Curiosidad. Por favor, Carlos, dígale que me conteste…

—Contesta, Esteban —ordenó Terranova, riendo.

—Esté bien, es cierto… Yo supe que Borjas y Procopio habían matado a Álvaro y se habían apoderado de usted, de modo que envié tres hombres para libertarla… Pero cuando llegaron, usted se había marchado, y Borjas y Procopio estaban amarrados…

—Y los asesinaron.

—Ellos habían matado a Álvaro.

—Sí… Bueno, es todo cuestión de considerar la venganza como algo… aceptable. Y admito que yo soy vengativa en algunas ocasiones… Usted, señor Sorolla, quería que yo estuviese libre, claro está, para que Amadeo no vacilase en entregar el tesoro, con la confianza de que yo podría recuperarlo… A usted le interesaba esto.

—Sí.

—Bueno… Todo explicado… Santo cielo… ¡Y pensar que todo este jaleo político y de espionaje lo ha organizado un hombre que no vale nada…!

Se quedó mirando a Carlos Terranova, el cual frunció el ceño y apretó las mandíbulas con gesto hosco.

—¿Quiere ser la primera en morir, señorita Montfort?

—Pues…, si no le importa, preferiría ser la última. Mientras hay vida, hay esperanza. Pero, antes de que apriete ese gatillo, Terranova, escuche mi última oferta: tire ese arma y lo dejaré escapar… No me acordaré más de usted, ni usted tendrá que acordarse jamás de Maya Caribe.

—Olvidaré Maya Caribe, la olvidaré a usted, los olvidaré a todos… Pero será porque los voy a matar. Su oferta no tiene base, señorita Montfort.

—Olvidé decirle que es a cambio de su vida.

Carlos Terranova se echó a reír. Y se fue animando él solo. Cada vez reía más… Y, de pronto, apretó el gatillo, y empezaron a brotar balas de su metralleta… Juan López, Luis Estrada, Marcos Ruiz, Esteban Sorolla, fueron recibiendo el chorro de balas, y saltando de espaldas contra el helicóptero, destrozados por los plomos, ensangrentados, cadáveres inmediatamente, muertos de modo fulminante, chocando unos contra otros, cayendo en montón, salpicando de sangre el helicóptero, la arena…

La parte de ráfaga destinada a Brigitte Montfort rebotó con sonoro tamborileo contra el helicóptero, porque la espía se había dejado caer de bruces en la arena, mientras soplaba en la boquilla que en todo momento había sostenido entre los dientes…

Y los disparos cesaron en aquel mismo instante. El diminuto dardo impregnado de fulminante veneno se clavó en el pecho de Carlos Terranova, justo sobre el corazón, matándolo en el acto, sin un gesto, sin un grito, sin un aspaviento… Simplemente, recibió el dardo en el pecho y cayó muerto de modo fulminante.

El silencio se hizo entonces, de pronto. De nuevo quedó como único fondo sonoro el rumor del mar, sobre el cual pasaba en aquel momento una pequeña bandada de gaviotas, hacia las alimenticias aguas del puerto de ciudad Maya Caribe…

La espía registró los cadáveres de los cuatro hombres que habían llegado en el helicóptero. De modo asombroso, solo Marcos Ruiz llevaba una pistola; los demás estaban desarmados.

Pero una pistola era suficiente. La cogió, la examinó, y se acercó al cadáver de Carlos Terranova, que yacía de cara al cielo, con los ojos abiertos por la sorpresa. Apuntó a su corazón y disparó… La bala se clavó sordamente en aquel pecho que ya no latía, llegando hasta el corazón, sin duda…

* * *

El helicóptero apenas se había posado en la arena cuando dos hombres saltaban ya de él, y corrían, inclinados unos segundos, hacia la espía internacional, que esperaba más allá, cerca de otro helicóptero cuyas aspas estaban quietas, junto a cinco hombres tendidos en la arena ardiente…

Amadeo Terranova se precipitó hacia su hermano, gimiendo; le alzó la cabeza, apretándola contra su pecho, brillantes sus ojos por las lágrimas que se esforzaba en contener… Diosdado Martínez, tras una hosca mirada a Brigitte, revisó someramente los otros cuatro cadáveres, antes de plantarse ante ella, sombrío, irritado…

—Espero que no le moleste mi presencia, señorita Montfort.

—Ya supuse que cuando Amadeo volvió a ciudad Maya Caribe, usted se uniría a él… Contaba con usted, general. Sabía que cuando llamase a Amadeo por la radio, también vendría usted.

—Bien… Admito que ha sido más lista que nosotros… ¿Puede decirnos qué ha ocurrido?

—Liberté a Carlos Terranova. Luego, él quiso ayudarme, y yo lo permití… Dijo que quería demostrar a Maya Caribe, y sobre todo a Amadeo, que él no era un cobarde o un inútil. Acepté su ayuda, porque él quería reivindicarse… Engañamos a los del helicóptero, que son los traidores a la patria de usted, tal como sospechaba… Querían el tesoro maya para comprar armas a Cuba para la revolución… Carlos Terranova se puso como loco cuando comprendió esto y empezó a disparar… Los mató a todos, pero… pero uno de ellos todavía pudo disparar, y… y le acertó de lleno en el corazón.

—Lo sabía —gimió Amadeo Terranova, abrazando todavía el cadáver de su hermano—. Lo sabía, Diosdado… Un Terranova jamás podía ser como era Carlos… Tenía que hacer algo grande, grande, hermoso… Algo muy hermoso por su patria… Y aunque tardó veinticinco años, lo hizo…

—¿Y el tesoro maya? —musitó el joven general.

—Lo tienen Motola y Cotilán, a poca distancia, de aquí. Pueden recogerlo cuando gusten.

—Muy bien… Enviaré ahora mismo… ¿Qué ocurre, teniente? Un muchacho joven, flamante el uniforme, se había cuadrado

enérgicamente delante de Diosdado.

—Mi general, hay un millón de dólares o algo así en ese helicóptero.

—¿Un… millón de dólares?

—Sí, mi general.

—Bien… Bueno…

—Oh, sí —sonrió cándidamente la espía—. Pensaban utilizarlo para la primera entrega en la compra de armas a Cuba. Imagino que ustedes le darán mejor uso, general.

—Lo intentaremos —dijo mordazmente Diosdado—. Aunque quizás usted tenga alguna sugerencia que hacer, señorita Montfort.

—¿Yo? No, no, ninguna… Solo se me ocurre que el tesoro maya, en lugar de ser de diez millones, bien pudiera ser de once.

Diosdado Martínez asintió con la cabeza. Se acercó a Amadeo Terranova, que continuaba abrazado al cadáver de su hermano… El joven general miró la herida del pecho, la poca sangre que brotaba de esta… Su ceño se frunció, y su oscura mirada fue vivamente hacia la espía, que se limitó a sonreír del modo más dulce. Martínez parpadeó, lentamente. Volvió a mirar la herida, de nuevo a la espía, luego a Amadeo, y de nuevo a la espía internacional, que a su vez lo miraba fijamente.

—Amadeo… —musitó Diosdado—. No hay que llorar. Volvamos a la ciudad, y digamos a todo el mundo que Carlos Terranova ha salvado, para su patria, el tesoro maya.

Y cuando el joven general volvió a mirar a la más hermosa espía del mundo, recibió como premio una luminosa y cálida sonrisa… Y comprendió que el espionaje es algo más que matar y robar.

Este es el final

—Señorita, un caballero desea verla.

—Peggy, ¿cuántas veces tengo que decirte que no estoy para…?

Pero el caballero en cuestión había aparecido, muy cortésmente, es cierto, en la puerta del despacho, y Brigitte, tras un instante de sorpresa, autorizó a su doncella a retirarse. Luego, se puso en pie lentamente, rodeó la mesa y tendió sus manos al visitante.

—Nataniel…

El visitante besó ambas manos, y luego miró con simpático descaro a la espía en bikini.

—Siempre la más hermosa del mundo —sonrió.

—¿Acabaron tus compromisos de Estado? —rio la espía.

—Anteayer. Y salí disparado hacia Nueva York en cuanto dejé arreglados los últimos asuntos. Ha sido horrible: desfiles, asambleas, aniversarios nacionales, reuniones de alto nivel interior, recepción de credenciales diplomáticas… Bueno: tienes ante ti a un flamante jefe de Estado dispuesto a divertirse un par de días en Nueva York.

—Eso es muy poco serio… Pero lo prefiero a que me envíes otro cliente.

—Bueno… Diosdado me contó que todo quedó satisfactoriamente arreglado.

—Ese muchacho…, ese general, resultó simpático, al fin.

—Sin duda… Amadeo está muy contento, aparte de la pena por la muerte del sinvergüenza de Carlos.

—No todo puede ser perfecto, Nataniel.

—¿No? —sonrió el exespía, actual jefe del pequeño Estado de San Nataniel.

—Supongo que no —sonrió inocentemente Brigitte.

—Y, sin embargo, la muerte de Carlos Terranova, en realidad, ha sido una suerte para Maya Caribe, una… perfección más. Todo va muy bien ahora, y aún irá mejor. ¿Cómo te las arreglaste?

—Como siempre: pura suerte.

—Agente *Baby*, yo no soy tan inocente como Amadeo, o como Diosdado. Carlos Terranova era un canalla, y lo habría sido toda su vida… No quieras engañarme a mí, después de salvar a mi país en el asunto de Capri… Te conozco. ¿Qué pasó en realidad? ¿Cuál fue tu siempre admirable solución humana?

La agente *Baby*, categoría de lujo en la CIA, sonrió dulcemente.

—¿Champaña con guinda? —invitó.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada Subasta en Capri, de esta misma colección. < <